

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 32.—Setiembre 6 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de  
 St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

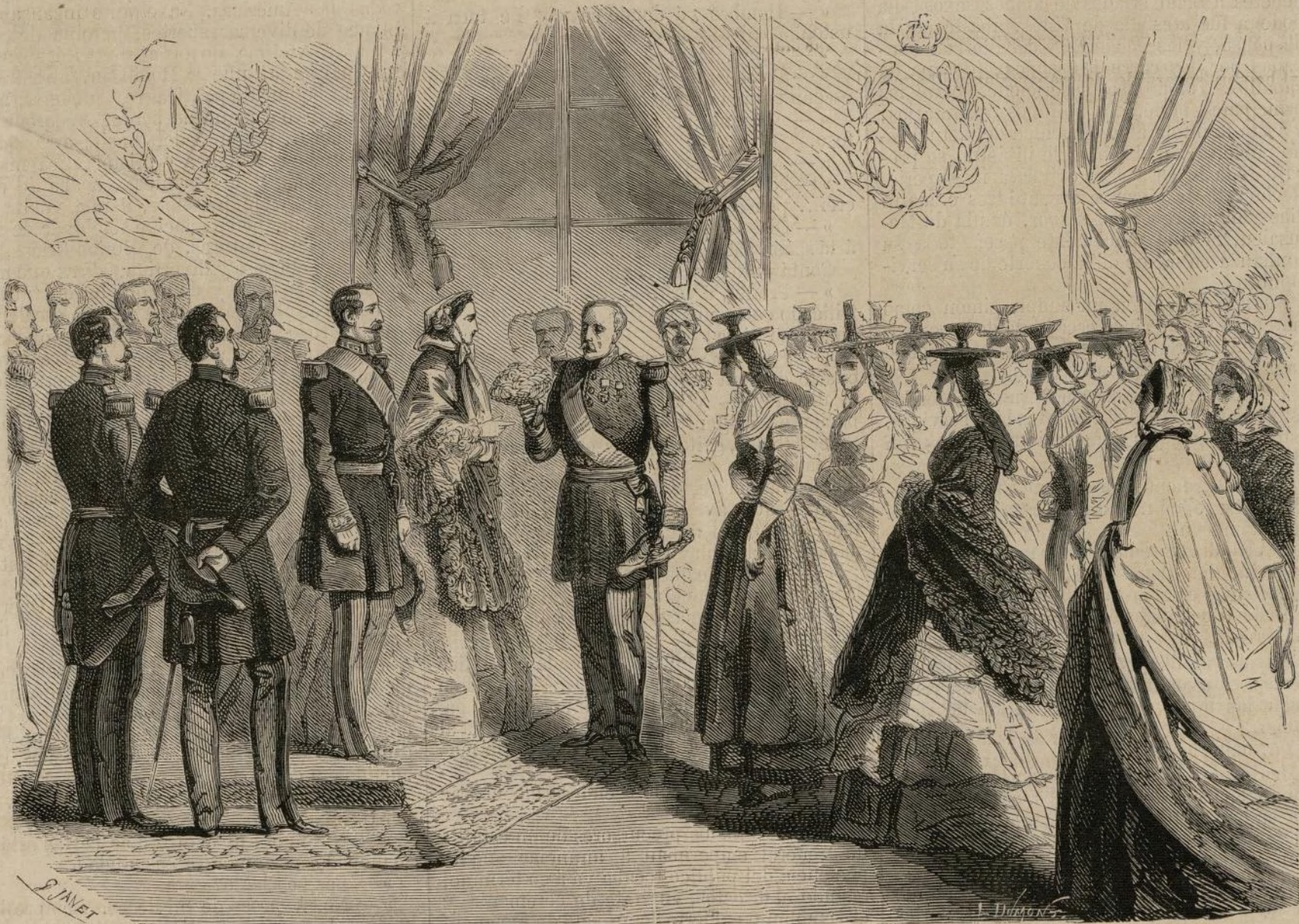
Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO.

**TEXTO.** — Crónica de París, por JULIO LECOMTE. — Decamps y  
 sus obras, por FELIPE BURTY. — Viaje de Sus Magestades, por  
 MAXIMO VAUVERT. — Un auto de fé, por LÉO DE BERNARD. — Cor-  
 respondencia de Beyruth, por E. LOCKROY. — Los círculos de París,  
 por E. CHAPUS. — Maronitas haciendo oracion sobre el puente de

un buque inglés, por MAC VERNOLL. — Una Aventura de Carna-  
 val, por F. DE LA VEGA. — Crónica de Tribunales, por CIRINEO. —  
 Wal-hina el magnetizador de serpientes, por EDUARDO AUGER.  
**GRABADOS.** — Viaje de Sus Magestades. — El Emperador y la  
 Emperatriz en la estacion de Mácon. — Retrato de M. Decamps. —  
 Un auto de fé. — Habitación de Garibaldi en la isla Caprera. —  
 Punto de reunion de los voluntarios calabreses en Fiumara di

Mura. — Puesto avanzado de Mario en Aspromonte. — Puente de  
 Lacaille. — Cascada de Gresy. — Vista general de Annecy. — Vista  
 general de Chambéry. — Maronitas refugiados á bordo de un buque  
 inglés. — Vista de la abadía de Hautecombe. — Casa que en 1812  
 habitó la reina Hortensia en Aix. — Desembarco de Garibaldi con  
 la primera brigada del general Turr mandada por Bixio, en capo  
 de Ell'Armi.



Ceremonia en que presentaron á SS. LL., en el embarcadero de Mácon, doce Maconesas con trajes del pais, segun el cróquis de M. Moullin,  
 dibujante especial para el viaje de Sus Magestades.

Ayuntamiento de Madrid



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Está pasando en estos momentos en los Campos Elíseos un misterio que excita la curiosidad de todos los habitantes de aquel distrito. La historia es como sigue :

El mes de julio retro-próximo, una joven, — joven con toda evidencia, — bella, á lo que se asegura, — salió de un cupé de alquiler delante de una grande y suntuosa casa, sobre cuya puerta se columpiaba á las ráfagas del cierzo y de la lluvia de este escandaloso estío un cartel con estas letras « *se alquila* ».

La joven y linda dama entró, visitó la casa que parecia satisfacerla, se informó de las condiciones, precio, etc., y se marchó dejando suponer que seria la castellana de aquel feudal recinto. En efecto, al dia siguiente muy temprano, se presentó rodeada de una cuadrilla de tapiceros. Examinado y discutido todo por la dama y el jefe de éstos, se informó del domicilio en que vivia el propietario, y aquella misma noche quedó firmado un arriendo por espacio de tres años, procediendo en seguida á la decoracion y mueblaje de las habitaciones. Un mes despues, durante el cual la joven inspeccionaba cuotidianamente los trabajos, dando siempre pruebas de elegancia y de buen gusto, estaba todo dispuesto á recibir á la nueva y linda huésped : tapetes y tapicerías, colgaduras y muebles, bajillas, bronce, cuadros, delicados accesorios de *comfort*, nada faltaba en la riquísima y brillante estancia. Por confesion del tapicero, segun cuentan, el gasto interior asciende á doscientos mil francos !

Despachados los operarios, la linda joven puso al frente de la casa á una especie de mayordomo, el cual designó su puesto y sus deberes á ocho criados de ambos sexos ! La bodega fué atestada de vinos, abastecida la despensa, y las cocheras y caballerizas ocupadas por dos carruajes y media docena de caballos. Tomáronse suscripciones para los principales periódicos políticos y literarios, y vista la intolerable tenacidad del actual estío cubierto con el ropaje de invierno, se preparó toda la casa para evitar la intemperie. Hecho esto, la joven se ausentó tres ó cuatro dias con una *camarera mayor*, émula de Matusalen, la cual únicamente poseía toda su confianza en medio de la cohorte de su servidumbre.

Cuando volvió en un simple simon como marchara (con grande escándalo de los curiosos que la vieron en ambas ocasiones) mandó llamar á su mayordomo y le dijo :

« — Desde mañana, señor Antonio, tendrá usted diariamente dos cubiertos bien servidos, listos los carruajes y la servidumbre de gran librea. Ya lo sabe usted. »

Al dia siguiente sus órdenes fueron cumplidas. La joven no salió de casa : pero nadie llegó tampoco.

Al otro dia se repitió la misma escena.

Al otro dia, idem !

Entonces escribió un billete que su camarera llevó con toda discrecion y en persona al correo...

Sirvióse un dia y otro la mesa con dos cubiertos, estuvieron listos los carruajes, renovadas las flores y la dama vestida de ricas galas...

Y... nadie !

Mas lo que excita la curiosidad y trae inquieta á una gran parte de los vecinos, es que á la fecha en que escribimos se cumple el vijésimo séptimo dia de los aprestos, y el desconocido, el mesías deseado se obstina en no parecer !

La semana pasada el mayordomo creyó deber suyo recordar á la linda dama que diariamente volvia á la cocina un cubierto de escogidos manjares, cuyo precio no era menos de

cien francos. La joven dió esta estraña respuesta :

« — Quién se mete en mis asuntos ? Con este objeto he tomado la casa... Sigán compliéndose mis órdenes ! »

Y los vecinos que todo lo curiosean preguntan qué, ó quién es *el que* tan en expectativa tiene á la dama encantadora en medio de sus tenaces y continuos aprestos. Y decimos *el que*... porque parece natural que tales excesos de solicitud, de prodigalidad y de paciencia, sean la consecuencia íntima de una ardiente pasion. En cuanto á la solucion del enigma, si, — como es de creer y de esperar en obsequio de la hechicera joven, — la tiene un dia, participáremos á nuestros lectores lo mas que permitan las circunstancias delicadas del presente caso. Mas de una lectora deseará con ansia saber el último capítulo de esta historia : la llegada del desconocido ; mas la suplicamos se modere, pensando que hay otra persona mas interesada que se vé tristemente en la necesidad de tener paciencia !

~~~~~ Si la casualidad no ha hecho á mis lectores partícipes la otra noche de cierto incidente que pasó ante un público numeroso, no seré yo quien cometa la indiscrecion de revelarles el teatro en que tuvo lugar. Lo único que me es dado decirles, que se celebró entre bastidores el sainete añadido al drama lúgubre y fatal representado aquella noche.

Se representaba, pues, por poco digo la pieza... El actor que desempeñaba el papel de protagonista y que estaba vivamente preocupado con sus asuntos domésticos, concluida la cuarta jornada, sube á su habitacion y se desnuda.

Algunos minutos despues, baja para irse á su casa y se encuentra de bruces con el director, el cual se asombra de verle en traje de paisano.

« — Hombre ¿ á donde se va ? Le toca á usted.

» — Cómo, á mí ?

» — Toma ! que le toca á usted entrar en escena para el quinto acto !

» — El quinto acto ! esclama el actor confuso.

» — Amigo, usted se ha vuelto loco !

» — No... sí... es verdad... Por vida !... creí... pensé...

» — Qué es eso ? pregunta el empresario que á la sazón pasa por allí.

Contáronle la ocurrencia singular.

» — Pronto, á vestirse ! — dijo al actor petrificado como una estatua, — y baje usted en cuanto se vista !

» — Pero es que se necesita mas de un cuarto de hora para vestirse y pintarse ! dijo el director, — y el público espera ya impaciente... Oigan ustedes ! No tardaremos en tener silbidos, gritos, borrasca y hasta la autoridad !

» — Paremos el golpe, — repuso el empresario, — que vaya á vestirse al vuelo... y usted... pronto, el frac, los guantes blancos y disponerse á hablar al público !

» — ¿ Y decirle que el señor X \*\*\* creyó que la pieza estaba concluida en el cuarto acto ?

» — Para anunciarle que *habiéndose encontrado el pobre X \*\*\* repentina y gravemente indispuerto*, se suplica al bondadoso público tenga un instante de paciencia... que asisten al enfermo cuatro facultativos... y están haciendo esfuerzos para que el actor concluya al pieza esta noche, aun cuando deba morir mañana !

» — Corriente, vuelo á endosarme el frac y los guantes... »

Algunos silbidos precursores de un estallido general empezaban á anunciar que la paciencia del público tocaba ya á su término, cuando el director, en traje de ceremonia y el semblante cubierto de un velo de melancolía, se presentó á hacer un *speech* que en nada se parecia á la improvisacion del director.

Al oír las primeras frases, el público, temiéndose verse privado del desenlace dramático, murmuraba : *Oh ! Ah !* — Mas cuando el empresario añadió que el actor iba á hacer un esfuerzo supremo para salir á la escena... como es un artista de voga y simpático al público, éste esclama : *bravo, muy bien*, y cada cual se felicitaba de poder esperar algunos minutos á trueque de satisfacer su ansia de conocer el desenlace de la pieza, dando mas pruebas de interés dramático que de sentimientos de humanidad ! Al fin, X \*\*\* baja vestido, pintado, bueno y sano : levántase el telon...

Entra en escena, y un prolongado trueno de aplausos acoje con reconocimiento al que, sin la intervencion casual del director, iba tranquilamente á meterse en la cama defraudando al público del palpitante desenlace de la pieza ! A cada escena, casi á cada espresion, es aplaudido y victoreado : nunca tuvo tan espontánea ovacion ! Por último, concluido el drama, el público, deseoso de darle una prueba de agradecimiento por su esfuerzo, comprometiéndose acaso su salud para terminar su difícil papel, el público, repetimos, le llamó con entusiasmo al palco escénico ! Al dia siguiente los periódicos se hacian lenguas por el acto de energia del artista, que, colocado entre el deber y el dolor, habia dominado éste para cumplir aquel !

« — Y vea usted, decia despues el artista enajenado con las muestras de simpatía que recibiera del público, — vea usted, señor empresario, como su presencia de espíritu conjuró mi ausencia de cuerpo ! »

~~~~~ No dejará de ofrecer grande interés á los lectores el diario de viaje de una célebre artista, — Ana de Lagrange, — quien llegará dentro de breves dias á Paris de vuelta de su larga peregrinacion al Brasil, al Perú y á todas las Américas. Navegante incansable, blanco de diversas suertes, heroína de cien triunfos, víctima de otras tantas desventuras, náufrega, nueva Robinson, arrastrada en el torbellino de políticas revoluciones, perdió ú estuvo á pique de perder su corona de oro macizo, presente del Brasil ; arriesgada cazadora, cuya blanca y aristocrática mano dejó sin vida á una pantera, acaba de dar cima á un viaje increíble, á una vuelta al mundo, á una peregrinacion sembrada de incidentes, de aventuras, de glorias líricas, — sublime, peligrosa y divertida *Odisea* que mereceria su Homero y de la que lo será tal vez el conde de Stankowich, su esposo, escelente escritor ruso. Mma. de Lagrange, — que conoce poco ú mal á Paris, — vuelve joven como antes y habiendo logrado la perfeccion en su arte. En donde la oiremos el próximo invierno ? *En los Italianos ? En la Grande Opera ?*

~~~~~ Hé aquí una historia singular, pero que no nos ha sido contada : nos ha pasado á nosotros mismos en dos plazos diversos : su primer capítulo hace algunos meses — y su desenlace recientemente. — Sentadas estas premisas, entremos en materia.

Encontrámonos una noche en la Opera, cuando un amigo íntimo se nos acercó diciendo :

« — Tengo en casa un paquete de *cartas de amor* que deben ser curiosas... te las enviaré : quizás encuentres en ellas materia para tus crónicas, procurándote alguna narracion, algun rasgo característico, ó cuando menos, un quejido del corazon...

» Y esas cartas se escribieron para tí... ó por tí ?

» — Ni lo uno, ni lo otro. Las cartas están en mi poder por una rara casualidad.

» — Las has leído ?

» — No. A pesar de mi deseo, siempre lo he diferido por falta de tiempo que perder.

» — O que ganar, tal vez !

» — Puede... Ayer tuve de nuevo á mi vis-



ta el paquete, y al apercibirte hace un instante, me vino la idea de que tú juzgarías mejor que yo el mérito de esa amorosa correspondencia.

» — Pero de quién es?

» — Es una historia larga de contar. Pero van á dar principio al tercer acto y quiero ver su escena coreográfica... Otro día te la contaré... entre tanto, te enviaré mañana el paquete... no dejará de ser chusco! »

En efecto, al día siguiente me entregaron de su parte un gran mamotreto de papel, muy lacrado, aunque sin sello, y con este sobrescrito en francés y en inglés: CARTAS DE AMOR...

A decir verdad, los escritores parisienses, sobre todo los cronistas, reciben con frecuencia, casi diariamente, notas y apuntes de trabajos literarios, noticias, novelas, piezas de teatro, versos, epístolas y otras zarandajas *ejusdem furfuris*: por lo general el destino reservado á estos oficiosos documentos, es dejarlos dormir ó devolverlos á sus autores con una carta política aunque siempre molesta para el que responde. Pobre escritor si no tuviese mas que hacer que ocuparse de estos favores fútiles, estériles y en obsequio de personas extrañas y desconocidas! Así es, que á pesar del prólogo de nuestro amigo, arroja el paquete al fondo de un cajón destinado á servir de *catacumba*, donde yacen tantos otros cadáveres del mismo pelaje. Al cometer este acto de inhumanidad contra las *cartas de amor*, nos dimos por pretexto que esperábamos para examinarlas que nuestro amigo nos contase la historia de su procedencia.

Pasáronse muchas semanas, muchos meses consecutivos, y aunque nos encontramos con frecuencia en sociedad, mi amigo no se acordó de decirme, ni yo tampoco de preguntarle la menor cosa sobre la prometida historia, que ni para el uno ni para el otro ofrecía importancia alguna, abandonándola al acaso, ese sabio maestro que dá tan felices desenlaces á las enredadas intrigas que deban tenerle. Así estaba escrito! — en su consecuencia la historia pálida, oscura, de difumino, va á cobrar los marcados y vivos contornos del buril.

Hace un mes, poco mas ó menos, al disponerme á pasar una temporada á eso que — pura ilusión! — han dado en llamar el campo, — á un tiro de bala de París, — hundimos nuestra mano en la susodicha *catacumba* para reunir algunos materiales precisos á un trabajo teatral. El paquete de cartas rechazado cien veces durante el escrutinio, volvía otras tantas á la superficie como el corcho en el agua. Esta insistencia del *acaso* que parecía decir: Tómale! nos hizo obedecer maquinalmente. El paquete de *cartas de amor* fué agregado á los papeles que pensábamos llevar. Al ceder al impulso ciego que tan obstinadamente nos le ponía en la mano, hicimos la siguiente reflexión:

« — Puesto que el otro no habla, quizá tendrá un momento para echarle un vistazo... no parece sino que la suerte me invita! Quién sabe?... tal vez ofrezca algun interés! »

Y el paquete llegó al campo en compañía de otros manuscritos y libros que constituyen — como la galleta de los marineros, — las provisiones de que se abastece el escritor que se embarca para la soledad.

Ultimamente, como saben mis lectores, hemos estado amenazados de una segunda edición del diluvio. Rendido del trabajo y no pudiendo salir á respirar al jardín, echo los ojos por milésima vez sobre el importuno paquete de cartas: acabemos, dije casi con ira, y alargué á él la mano como obedeciendo al impulso del gatillo que hace saltar el pistón. Ya tenemos, pues, el pertinaz paquete en la mano, y roto el lacre, se descubre una segunda cubierta...

Abrámosla también...

Y en lugar de las cartas prometidas por

nuestro amigo, — é indicadas en el sobrescrito, nos topamos... con un *legajo de billetes de bank-notes*, de cincuenta libras esterlinas cada uno, — *había veinticinco*...

No pudiendo marchar á París aquel mismo día, me contenté por de pronto con escribir al amigo que me confiara aquel depósito, para descubrirle su contenido y prevenirle que al día siguiente me esperase á almorzar para departir en el negocio. Respondióme por el criado portador de mi misiva « que daba por supuesto que aquello era una broma cuyo chiste no adivinaba, pero que al día siguiente esperaba con un suculento almuerzo. »

Al día siguiente, pues, nos encontrábamos en París con el bolsillo guarnecido con treinta mil libras halladas en el desdeñado paquete, y en el camino dejamos vagar nuestra imaginación haciendo mil suposiciones, conjeturas y comentarios.

« — Dime, — exclamó mi huésped al verme entrar, — te quieres burlar de mí con tu historia de *bank-notes*? O pretendes así que las cartas son un tesoro porque valen el oro que pesan? »

« — No pretendo mas que lo dicho, y he aquí la prueba! »

Y arrojé los timbrados papeles sobre el faldón de la bata turca de mi amigo, arrellanado en un sillón de esos que se conocen con el nombre de *perezosos*, abusando de la figura retórica en que se toma el continente por el contenido.

« — Pardiez! vaya una cosa rara, — exclamó encandilando los ojos. — No es broma! »

Y palpaba al mismo tiempo los billetes, mecéndolos al aire para ver su transparencia.

« — Ya lo ves. Pero ahora que tu sorpresa es un eco de la que tuve ayer, quieres contarme la historia que me prometiste al entregarme ese supuesto paquete de cartas de amor? »

« — Ciertamente, y comprende que no es menos misterio para mí esa sustitución que D. Quijote atribuiría sin duda á algun sabio encantador. Oyeme pues. »

« — Hace cosa de un año — hacia el 15 de agosto — no recuerdas que te encontré en el teatro? — yo estaba con mi primo. »

« — No importa, prosigue. »

« — Mi primo marchaba al día siguiente á Inglaterra. »

« — Ah! sí, tu primo, el ingeniero. »

« — Precisamente. Hace un año, llamado á Londres, como de costumbre, á causa de sus trabajos del *Colosseum*, llegó muy de madrugada á una de esas fondas de *Leicester-Square*, en donde se hospedan generalmente los franceses. Dijéronle que no había sitio para él. Rendido por la travesía y mohino con tal contratiempo, insiste en que se le ceda interinamente un cuarto cualquiera y le responden:

« — Está libre el de dos *gentlemen* que marcharon anoche precipitadamente á Liverpool... no ha habido tiempo todavía de arreglarlo... »

« — Que preparen sólo la cama por ahora; estoy muerto de cansancio: mañana se hará lo demás! »

Hízose así, subió, acostóse y se entregó á los brazos de Morfeo. Al despertar á la mañana siguiente y al abrir su baul, notó sorprendido que sus antecesores en el cuarto, del que salieran con tanta precipitación la noche precedente, habían dejado esparcidos acá y allá varios objetos, que aunque de poco valor, nunca abandonan ni olvidan los viajeros, como papel de escribir, sobres con sellos de correo, guías, un manojo de llaves, un cortaplumas, etc., etc. Abrió los cajones de la cómoda y encontró nuevos objetos que acusaban la singular indiferencia de los viajeros y su marcha precipitada y sospechosa: eran una pistola de bolsillo, una lindísima plegadera de nácar, un diccionario anglo-francés, y, entre varios periódicos en que estaban envueltos guantes y frasquitos de perfumes, un paquete mal lacrado, en el cual había este sobrescrito en inglés y en francés:

## CARTAS DE AMOR.

Al leer este epígrafe, cruzó por sus labios una ligera sonrisa y por su cerebro una sombra de curiosidad. Cojió, pues, el paquete y le guardó en el bolsillo, reflexionando que, puesto que el sobrescrito era francés, debía acogerle bajo su égida, por escaso que fuese su valor... como representante de la nación francesa en aquel recinto. Hecho lo cual, agitó el cordón de la campanilla y manifestó al hostalero el desorden en que estaba el cuarto, recomendándole lo arreglara antes de sacar las prendas de su maleta. Cuando reparó en aquellos objetos, cuyos dueños con toda evidencia los habían dejado allí, no por olvido, sino por abandono, el inglés murmuró:

« — Nadie me quita de la cabeza que aquellos dos hombres eran unos... »

« — Unos... qué? preguntó mi primo. »

« — Nada, nada. Al lado hay otro cuarto libre hace unos momentos: le acaban de preparar, y si usted gusta puede ocuparle. »

« — Corriente! »

Y el viajero se instaló con su maleta en el cuarto contiguo. El inglés cerró las ventanar y la puerta del otro, y mi primo le oyó llamas al criado y decirle que mandase subir al inspector de policía...

« — Y para qué? »

« — Paciencia, amigo mio! »

« — Diantre! es la historia de *Ali-Babá*! Pero... y las cartas? »

« — Mi primo las había guardado en el bolsillo de su gaban. Mientras se vestía, á cuya operación procedió incontinenti, llegó uno de sus colegas ingleses, se pusieron á hablar de negocios un rato y salieron después juntos. En una palabra, mi primo no se volvió á acordar del paquete epistolario que se quedó en su gaban de viaje, y como la temperatura le hizo innecesario para la vuelta, algunos días después de instalado en París, al limpiar la ropa, un criado suyo encontró el leve hurto amoroso y le puso sobre la mesa. Llegué yo á la sazón y leí el sobrescrito: *Cartas de amor*. »

« Qué diablos es esto? dije. »

Entonces Alberto me contó la historia.

« — Y has dormido en la cama de los ladrones? »

« — Sin duda, pues que como tales tomaron las de villadiego. »

« — No dejarán de ser curiosas las amarteladas epístolas... de un ladrón. Se pueden ver? »

« — Como quieras... pero tengo que ir al ministerio de obras públicas... llévate el paquete, mas adelante me explicarás su contenido. »

Guardéle en mi bolsillo y cuando llegué á casa le puse en una gran concha de china que sirve de velador y de depósito de todos los papeles del día. Fuéronse estos colocando unos sobre otros y el paquete citado se hundió en la concha y en el olvido. No sé cómo le recordé al encontrarte la otra noche en el teatro... Y tú, ¿qué has hecho de él en tanto tiempo?

Entonces expliqué á mi amigo de qué modo los *legajos de lectura* se suceden y hacían en los estantes de un escritor, y cómo el consabido paquete, á falta de su prometida historia que le diese interés, estuvo desdeñado por mí, como lo había sido antes por él, y en un principio por el ingeniero. En fin, le manifesté la casualidad que me impulsó á abrirle en el campo, y mi asombro al encontrarme las treinta mil libras en lugar de las patas de araña de alguna Clara, Jacinta ó Dolores!

« — Y qué hacemos ahora? — dijo mi amigo luego que se convenció de que los billetes de banco eran reales y positivos. »

« — Toma! por de pronto prevenírselo á tu primo. »

« — Naturalmente! y después? »

« — Después, concertaremos entre todos lo que mas convenga. »

(Se concluirá.)

JULES LECOMTE

(Trad. A. L. de B.)



## DECAMPS, su vida y sus obras.

« Decamps (Alejandro Gabriel), nació el tercer día del tercer mes del tercer año de este siglo, es decir, el 3 de marzo de 1803. » El mismo Decamps es quien se espresa así en la curiosa nota autográfica que publica M. Véron en sus *Memorias*: « El niño era violento y brutal, maltraba á sus hermanos; no se esperaba nada bueno de él. »

Su padrele envió muy jóven aún al fondo de un valle casi desierto de la Picardía. « Llegué á ser pronto muy hábil en descubrir los nidos, muy listo para robar las manzanas. Puse el mayor empeño en irme á picos pardos, y si el magister vió rara vez mi rostro, no diría lo mismo de mis talones. Erraba yo entonces á la ventura, recorriendo los bosques, chapoteando en los charcos. Allí es sin duda en donde contrahe esa salvagería que se me ha echado en cara despues. » Allí es sobre todo donde, en sus locas carreras en medio de las campiñas, sus libres paseos bajo las malezas, sus paradas contemplativas en las orillas de los riachuelos ó á la salida de los bosques, el espíritu del niño salvaje se embebió en la poesía silenciosa de la naturaleza; á esos tres años de libertad debemos el encontrar en las obras del artista el inalterable perfume de los campos y el reflejo sincero de los grandiosos aspectos del cielo.

De vuelta á París y desde su salida del colegio, Decamps entró en el taller de M. Bouchot, que aquel dejó muy pronto por el de M. Abel Pujol. De manera que el pintor mas profundamente original de nuestra época, aprendió, de un pintor de la escuela de David, á tartamudear las primeras palabras del arte. Pero su temperamento se avenia mal con una enseñanza, de cualquiera maestro que pudiese venir, y tomó pronto el partido de desprender, sin la influencia de ninguna escuela ni de ninguna tradicion, la originalidad que presentia en sí mismo. Un aficionado inteligente, el baron d'Ivry, fomentó sus primeros ensayos de pintura, y un periódico ilustrado, *el Album*, acogió sus primeras producciones litográficas, cuyos asuntos (el Niño

Saboyano y la *Escena de hospital*) llevan el sello de un esmero sentimental, único en su obra, y que no carece de analogía con el de Ary Schœffer.

« He hecho sucesivamente varios viajes, dice en la carta que hemos citado, primero en Suiza, despues en el mediodía de la Francia, mas tarde en el Levante, y últimamente en Italia. » Los recuerdos que habia traído y que él litografió en la série de *Cróquis por diversos artistas*, así como sus *Escenas de caza*, fijaron sobre él la atencion mas todavía que sus primeros lienzos, y cuando estalló la revolucion de Julio, Decamps publicó, en

En 1834, envia la *Derrota de los Cimbrios*, por Mario, un *Pueblo turco*, un *Cuerpo de guardia en el camino de Esmirna*, y dos aguadas, *Bañistas* y la *Lectura de un firman en casa del aga*. Obtuvo una primera medalla, y la critica artística comenzó á ocuparse de los asuntos escogidos por el jóven pintor, y sobre todo, de su ejecucion original.

La esposicion de 1839 precedió muy poco al apogeo del talento de Decamps, siendo nombrado caballero de la Legion de honor. Citarémos, entre los doce lienzos brillantes que él habia es-

puesto, el *José vendido por sus hermanos*, comprado despues por M. Véron en 37,000 fr. en la venta de la duquesa de Orleans, el *Suplicio de los ganchos en Turquía de Asia*, los *Monos peritos*, chistosa caricatura imaginada, segun se dice, para venderse por haber sido rehusado neciamente en las esposiciones anteriores, y los *Verdugos turcos en la puerta de un calabozo*, esperando su siniestra tarea con un aspecto tan feroz y una calma tan fatalista.

*La Vida de Sanson*, en nueve episodios dibujados con carbon, de hábil bosquejo y de un efecto grandioso, fué una tentativa de Decamps para mostrar de qué modo podria tratar la gran pintura histórica ó religiosa. Pero, á pesar del temperamento enérgico que revelaba esta série de obras, no solamente en la ejecucion de los tipos, sino tambien en la variedad de las escenas y en la deducion rigurosa del pensamiento, este ensayo no inspiró ni al gobierno ni á ningun rico Mecenas el deseo de encomendar al artista vastas paredes que decorar, y se vió condenado, no sin amargura, á trabajar perpétuamente



la *Caricatura*, trece piezas políticas de magistral ejecucion y de una amargura que nos sorprende hoy.

Decamps ha grabado despues algunas piezas al agua fuerte, y dado unas veinte litografías al periódico *el Artista*.

En 1831, Decamps presenta en la esposicion un *Soldado de la guardia de un visir*, y una *Caza de halcon*.

en el cuadro de caballete.

Aunque Decamps haya tratado los asuntos mas coloridos en sus recuerdos del Oriente ó sus escenas de la Biblia, que haya paseado al curioso desde los pueblos de la Italia hasta las umbras avenidas de Fontainebleau, si bien ha sorprendido á los zarceros en la perrera, á las gallinas en el corral, á los asnos bajo el cobertizo, á los monos imitando á la humanidad con toda la seriedad de





Un auto de fé. (Cuadro de M. Robert Fleury.)



unos filósofos que no han sido comprendidos, á pesar de haber fijado la indiferente gravedad del niño que juega, la serena resignación del leñador que se dirige á su hogar, ó bien haya lanzado su imaginación tras las bárbaras hordas que invaden á la Galia, no se puede negar que se desprende de sus obras, por mas variadas que ellas sean, una monotonía relativa.

Esto depende de que Decamps se ha preocupado del aspecto de sus modelos mas que de su vida íntima, de sus ropajes mas que de su alma, de su bosquejo mas que de su carácter. Pintor naturalista ante todo, no ha visto en el conjunto de la naturaleza sino un espectáculo siempre joven y siempre poderoso, y el hombre no ha sido para él mas que una comparsa en el drama luminoso y que se representaba para él á todas horas y en todos los países. Si ningún pintor, de nuestra escuela, se ha acercado mas á Nicolás Poussin, es solamente por la austeridad del bosquejo y la ponderación del grupo.

La esposición de 1855, en la cual se habian reunido en una sala cincuenta de sus cuadros y de sus dibujos mas célebres, puso en evidencia sus altas cualidades de dibujo, de estilo y de colorido. Pero se le tachó con justicia que reproducía con demasiada frecuencia la misma pared blanca y las mismas sombras, y sobre todo, que se preocupaba en demasía de la ejecución material. Cualquiera que sean los procedimientos empleados por el pintor, ora empaste sus cielos, ora recargue sus sombras, ó bien rasque sus paredes, sobreponga los tonos de sus follajes, pule los paños de sus piedras con un cincel ó la pómez, que trabaje el lienzo con un cuchillo de paleta ó el palo de un pincel, poco importa, si el resultado es espléndido, como sucede con Decamps, y ningún crítico tiene derecho de sorprenderle en su taller. Pero es de temer que en medio de estos retoques sucesivos, se escape la inspiración y no deje en su lugar mas que la práctica. Los mismos efectos producen la misma impresión, y esta impresión, puramente material, por mas simpática que ella haya sido, degenera en fatiga, cuando los ojos no conducen al espíritu un drama, una emoción, una pasión que le agite y le ponga pensativo.

Sin embargo, la esposición del boulevard de los Italianos acaba de dar á Decamps el lugar que merecía, y de rehabilitarle contra algunos críticos demasiado absolutos. La opinión pública y la crítica independiente le fueron siempre extremadamente simpáticas, y si bien no le ha abierto sus puertas el Instituto, si bien las galerías de la escuela francesa moderna del Luxemburgo no contengan de él ningún lienzo ni ningún dibujo, Decamps fué nombrado oficial de la Legión de honor en 1851, última esposición á la cual envió obras suyas, y recibió la gran medalla de honor en la Esposición universal.

Hacia algunos años que Decamps producía mucho menos, y sus obras revelan la estenuación. Una grave enfermedad le obligó aun á dejar completamente la pintura, y fué á buscar al medio día de la Francia el reposo para su espíritu y para sus cansados ojos. Vivía en Fontainebleau rodeado de su familia y de algunos amigos, y descansaba, con ejercicios violentos de que él habia gustado siempre, de las fatigas que le causaban sus últimas obras. Era de mediano talle, de anchos hombros, de pecho hundido y llevaba la cabeza inclinada un poco hácia adelante.

El 22 de agosto montó á caballo, para seguir una caza de montería imperial, caballo cuya vivacidad temían sus amigos. En efecto, al volver un camino, el caballo se desboca, se lanza en una estrecha vereda, y Decamps recibe un golpe en medio del pecho por una rama de árbol horizontal. Algunas horas después, espiró sin haber recobrado los sentidos.

A pesar del gran número de dibujos, aguadas, sépias, y de cuadros de toda especie que ha dispersado durante su corta carrera, Decamps ha muerto con el pesar de no haber dejado una página grande. La pintura de caballete contentaba á medias su espíritu inquieto, su carácter enérgico. Es evidente que habria depositado, en el desarrollo de un asunto complejo, el sello de una originalidad incontestable, y que le habria comunicado una poesía penetrante y grave.

Decamps no depende sino de sí mismo. « Nunca he copiado (en la mas rigurosa acepción de esta palabra) una pulgada cuadrada de una pintura de otro artista », ha dicho él mismo. Nos ha revelado, con un poder de mágica ilusión, la naturaleza luminosa y tranquila del Oriente. No se le puede comparar á nadie, sino solamente recordar el nombre de Nicolás Poussin, por el dibujo serio de sus modelos, y el de Rembrandt, por el calor y la distribución de su luz en los interiores. Pero sus piratas griegos, con sus armas extrañas, y sus Arabes galopando bajo un cielo tan profundo, sus héroes bíblicos, sus paisajes montañosos, sus monos, sobre todo, que preparan la cocina con tanta convicción, pintan con tanto ardor ó tocan el violín con tal horror de las notas desahucadas, le pertenecen propiamente y le forman una personalidad marcada en medio de los pintores de todas las escuelas y de todas las épocas. Decamps es uno de los que han contribuido más á desarrollar en la escuela francesa moderna la habilidad de la ejecución. Pero en Decamps, esta ejecución brillante está acompañada siempre de un dibujo sólido, y si sus personajes piensan poco, se siente por lo menos que se hallan reanimados realmente con ese soplo misterioso que se llama la vida.

FELIPE BURTY.  
(J. R.)

#### VIAJE DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ.

El Emperador y la Emperatriz salieron del palacio de Saint-Cloud el jueves 23 de agosto, á las nueve de la mañana. Durante la ausencia de Sus Magestades, se ha encomendado el cuidado de guardar al príncipe Imperial á Su Exc. el mariscal Vaillant, miembro del consejo privado y gran mariscal del palacio. El tren imperial ha seguido desde luego el ferro-carril de recinto para ir á tomar el de Lyon, y llegaba á Dijon á las cuatro de la tarde, después de haber tomado en Montbard á Su Exc. el mariscal Canrobert, quien habia salido á recibir á Sus Magestades hasta el límite de su mando. El Emperador recibió en el embarcadero de Dijon las llaves de la ciudad y se dirigió en seguida á la catedral, en donde pronunció en su presencia un discurso el señor obispo. Por la tarde hubo una gran comida en la prefectura y un baile en el antiguo palacio de los duques de Borgoña. Toda la ciudad se hallaba iluminada y adornada con banderas, oriflamas y arcos de triunfo.

El día siguiente en la mañana el Emperador y la Emperatriz visitaron el Asilo de Dijon. A la una y media Sus Magestades partían para Macon. El tren imperial se detuvo una hora en el embarcadero, en donde una diputación de jóvenes macedonenses fué á complimentar á la Emperatriz, quien respondió á esta solicitud acojida con las palabras mas benévolas. Desde allí Sus Magestades partieron para Châlon, en donde fueron recibidos por las aclamaciones de mas de cuatro mil obreros que llegaron de Creuzot. El mariscal de Castellane, que habia salido al encuentro del Emperador hasta el límite de su mando, tomó asiento en el tren imperial, el cual, á las seis y nueve minutos entraba en Lyon por el embarcadero de Perrache. A las siete, Sus Magestades se halla-

ban en su palacio, después de haber atravesado las calles empavesadas llenas de una muchedumbre compacta y solícita. El gran banquete de honor que esperaba á Sus Magestades en las Casas consistoriales ha sido muy brillante: las autoridades de la ciudad tomaron parte en él de acuerdo con los dignatarios que componen el séquito del Emperador.

El 25 de agosto, el Emperador y la Emperatriz asistieron á la inauguración de la nueva Bolsa de Lyon; el discurso en el cual Su Majestad manifestó sus sentimientos de benevolencia por el comercio de Lyon fué vivamente aplaudido. Después de esta brillante ceremonia Sus Magestades visitaron á los enfermos de los hospitales, llevándoles socorros y palabras de consuelo. Por la noche hubo gran baile en el palacio de la municipalidad. Los preparativos de la fiesta eran de una magnificencia sin igual; los salones parecían verdaderos jardines, tan cubiertos se hallaban de flores; un patio interior fué convertido, con gran refuerzo de colgaduras y decoraciones de toda especie, en una espléndida sala de conversación. El baile se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche, y los Lyoneses conservarán mucho tiempo el recuerdo de esta fiesta.

La jornada del domingo 26 de agosto comenzó por una peregrinación piadosa. Sus Magestades se dirigieron sin escolta á Nuestra Señora de Fourvières, en donde oyeron misa y el *Te Deum* cantado por S. Em. el cardenal de Ronald, arzobispo de Lyon. Sabido es que Fourvières se halla situado sobre una roca pintoresca que domina á la ciudad; es uno de los puntos mas concurridos de las cercanías de Lyon. El resto del día fue empleado en visitar los talleres de la Croix-Rousse, en donde se encuentra concentrada en gran parte la industria de los tejidos de seda, que es una de las glorias mas antiguas y mas indisputables de la ciudad de Lyon. Después hubo gran revista militar en la plaza de la Municipalidad.

Sus Magestades salieron de Lyon el 27 al medio día. El tren imperial, después de haberse detenido en Miribel y en Amberieux, llegó á Culoz en donde tomó al prefecto de la Saboya, M. Petetin. A las tres y veinte minutos, llega á Chambéry. Las calles se hallan empavesadas con los colores franceses y adornadas con innumerables arcos de triunfo. Después del *Te Deum* cantado en la catedral, Sus Magestades pasan en revista á las diputaciones que llegan, con bandera al frente, de todas las aldeas de la Saboya; el desfile dura nada menos de dos horas y media. Por la noche, hubo banquete en la prefectura é iluminación general.

(Hemos aprovechado esta fiesta para dar la vista de la antigua capital de la Saboya.)

Al día siguiente por la mañana, el Emperador dió audiencia á los principales funcionarios de la nueva provincia francesa, así como al general Cialdini y al ministro Farini, quienes habian venido á complimentar á Sus Magestades de parte de S. M. Víctor-Manuel. En el resto del día el Emperador y la Emperatriz salieron en coche para visitar los principales barrios de la ciudad. Por la noche la Municipalidad de Chambéry dió á sus augustos huéspedes un baile que se prolongó hasta una hora muy avanzada, y para el cual se habia desplegado el mayor lujo.

La abadía de Haute-Combe, cuya vista damos en nuestro grabado, es una de las mas antiguas casas religiosas de la Saboya. Fué fundada en 1225, por Amadeo III, quien preparó allí su sepultura, siendo enterrados también allí, después, todos los príncipes de su casa. Haute-Combe es en cierto modo el San-Dionisio saboyano. Muchas veces, en el transcurso de los siglos de la edad media, el antiguo monasterio vió caer sus paredes



bajo la zapa del vandalismo. Los edificios actuales datan de 1743; pero tuvieron que ser restaurados en 1824, pues habiendo sido espulsados los religiosos en 1793, habíase establecido allí una fábrica. El rey Carlos-Félix se encargó del piadoso cuidado de esta reedificación.

Cerca de Haute-Combe se ve la torre de Gesens, en donde Juan Jacobo compuso su hermosa descripción de la salida del sol, una de las más célebres páginas del *Emilio*.

Sabido es que en 1815 la reina Hortensia dejó á Paris, en donde residía desde 1810, es decir, desde la abdicación de Luis Bonaparte, su esposo. Durante muchos años, la madre de Napoleón III viajó en Alemania y en Suiza; finalmente establecióse en Aix, en donde ha dejado recuerdos imperecederos de su estancia. Damos en este número un dibujo que representa la casa en que vivía la reina.

MÁXIMO VAUVERT.  
(J. R.)

#### AUTO DE FÉ.

(Cuadro de M. Robert Fleury.)

M. Robert Fleury hace alarde en este cuadro de su poderosa y brillante imaginación y agota todos los recursos de su ciencia. El efecto de esta composición es uno de los más hondamente conmovedores, entre las grandes obras artísticas de nuestra época. En este lienzo, admirado en la exposición del *boulevard* de los Italianos, el distinguido pintor consigue, con notable maestría, presentar un conjunto de personajes diversificados por su carácter, por su expresión, por su movimiento. Los grupos se subdividen y se destacan con rasgos especiales aunque armonizándose muy bien con el pensamiento general de la obra. Los sayones dan pábulo al humo sofocador que envuelve á los condenados sujetos al árbol del patíbulo: otras víctimas, sostenidas por los inquisidores, salen de su prisión con vacilante pie y quejumbrosos ademanes. Pero el punto culminante y dramático del artista está en el contraste formado por una mujer, joven, hermosa, ardiendo en amor á la vida, llena de terror, luchando en vano por arrancarse á las garras de sus verdugos y un anciano israelita, de sereno rostro, que acepta con resignación la muerte. El cuadro de M. Robert Fleury, ejecutado de mano maestra, deja en el espíritu una impresión profunda, tierna y aterradora.

LÉO DE BERNARD.  
(Trad. A. L. de B.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Beyruth, 12 de agosto de 1860.

Anuncié á ustedes en mi última carta que saldría de Alejandría el cinco de agosto á bordo del paquebot ruso. A los dos días, esto es, el siete, estábamos delante de Jaffa, y sin perder momento descendí á tierra.

La ciudad, que me habían dicho se hallaba en completa anarquía, me pareció, por el contrario, perfectamente tranquila y en su estado normal. Los cristianos circulaban sin miedo por las calles, y los peregrinos, los sacerdotes y los legos iban y venían por el camino de Jerusalén, sin que nadie los molestara; Drusos y Maronitas conversaban amigablemente acerca de sus negocios en las plazas y en los bazares, pareciendo estar en el mejor acuerdo y armonía.

El secreto de este comercio pacífico entre jentes que se degollaban la víspera, no es otro que la noticia del próximo arribo de la expedición francesa. Desde el momento en que fueron conocidas en Jaffa las disposiciones que se tomaban en Marsella y en Tolón para el embarque de las

tropas, las autoridades turcas comenzaron á sentir una imperiosa necesidad de restablecer el orden público. Los Bajás suplicaron á los árabes que permanecieran tranquilos, y como estos amables ciudadanos tienen en mucho las súplicas de sus dignos gobernadores, y como por otra parte no se hallaban menos recelosos que aquellos de la tormenta que desde el golfo de Lyon les amenazaba, se pusieron desde luego á entonar un himno á la paz y á la concordia. De ahí el aire de candor y de inocencia que tenía Jaffa en el momento en que yo puse el pie en sus calles. Conviengamos en que el miedo hace milagros.

Al poco tiempo de haber desembarcado, fui á visitar la casa de las hermanas de caridad de San José. Dos de entre ellas y un capuchino, que acababan de llegar de Jerusalén, me hicieron el relato de la azarosa y triste vida que desde hace dos meses habían tenido, de las angustias porque habían pasado, de los peligros á que se hallaron espuestos, y de las innumerables desgracias de que habían sido víctimas. Una de las religiosas me dijo que durante una noche en que se temía el ataque de los Drusos, cuarenta paisanos turcos vinieron á ofrecerse para defender el convento. — « Mi querida hermana, — interrumpió con viveza el capuchino, — si los Turcos viniesen otra vez en semejantes horas á ofreceros su protección, os aconsejo que los hagais prender inmediatamente. » Aunque las hermanas de caridad son miradas en todo el Oriente con amor y respeto, creo que el consejo del buen capuchino era digno de tomarse en cuenta.

Por más que hice, no pude encontrar para mi desayuno sino unos pequeños trozos de carne, ensartados en una especie de mimbres. Esto se llama *chislik* en el Cáucaso, y *kebieb* aquí; pero bajo entrambos nombres el tal majar es detestable.

El día ocho por la mañana abandonamos á Jaffa, y el nueve por la noche anclamos delante de Caifa, población construida en la vertiente del monte Carmelo. Al otro lado del golfo brillaban las luces de San Juan de Acre. La escena era aquí bien diferente. Una multitud de barcas de todos tamaños, atestadas de Maronitas, de Judíos y de sacerdotes griegos, rodeó nuestro buque. El paquebot se llenó en un instante: el puente fué invadido por los infelices emigrados, quienes en confusa y revuelta muchedumbre tomaron puesto en torno de los mástiles, sobre los equipajes, sobre el carbon, donde buenamente podían. Aquella misma noche zarpamos de Caifa con nuestro nuevo cargamento, y al día siguiente entramos á todo vapor en la rada de Beyruth.

La ciudad, en la que se cuentan casi tantos jardines como edificios, se extiende á la derecha sobre la falda de una colina que desciende hacia el golfo por una pendiente dulce y semejante á una verde alfombra: la tranquila superficie del mar, en cuyas transparentes olas se balancea un sinnúmero de buques de todas las naciones, refleja como un azul espejo los árboles de los jardines y los minaretes de las mezquitas; la inmensa cadena del Líbano cierra y encuadra este magnífico paisaje. Desembarcamos frente á la aduana en medio de las infinitas mercaderías que los negociantes de Beyruth abandonaron en su precipitada fuga.

Cuando uno llega aquí, tal vez se imagina encontrar el país dividido en dos campos; los Drusos vencedores de una parte, los cristianos fugitivos de la otra; pero no hay nada de esto. Los Drusos llenan las calles de Beyruth; los cristianos cultivan con ellos la campiña.

Al primer golpe de vista, el país parece tranquilo: nada de esas terribles expediciones que hacían desaparecer las aldeas; nada de esos odiosos y repugnantes asesinatos que, hace un mes

apenas, ensangrentaban todavía las vertientes del Líbano, dejando abundante pasto á las aves de rapiña; nada de esos feroces degollamientos en masa, ni de esos incendios espantosos. Asesinos y víctimas están inmóviles; unos y otras esperan. La Francia debe decidir la cuestión. Sin embargo, los asesinatos individuales continúan. Puede muy bien decirse que la guerra, sin estar en ninguna parte, se halla en todas. De tiempo en tiempo, y para no perder la costumbre, asesínase á un hombre, y se dispara un tiro sobre algún cristiano á las mismas puertas de Beyruth; entonces todo el mundo tiembla y los rumores más contradictorios circulan en la ciudad: *Tan pronto, que la expedición francesa no viene; tan pronto, que nuestras tropas desembarcarán en el mismo día. Ahora, que los Drusos armados están á las puertas y amenazan la población; después, que marchan sobre San Juan de Acre; mas tarde, que se han retirado en masa al otro lado de las montañas.*

Estas noticias son puestas en circulación por los mismos Drusos de la ciudad. Compréndese fácilmente la profunda agonía en que deben vivir los cristianos con estas continuas alarmas. Los infelices saben, sin ningún género de duda, que si la expedición francesa no tuviera efecto, que si nuestra escuadra se alejase de la rada por veinticuatro horas, serían todos degollados por sus feroces verdugos. Por otra parte, la actitud de los soldados turcos no es muy á propósito que digamos para inspirarles confianza. Difícil sería encontrar, aunque se buscasen con un candil, tropas más desarrapadas y de un aspecto menos marcial que estas. De hecho pensado me he puesto á elegir entre este mugriento ejército uno de los tipos más decentitos para enviarles á ustedes copia. Figúrense ustedes como serán los otros. El lápiz del artista puede muy bien trazarlos tan andragosos como son en realidad; pero al lápiz no le es posible reproducir la capa grasienta que recubre sus destrozados vestidos. Se necesita, para formar una idea, ver cómo cuelgan, á guisa de penachos, los arameles de sus viejos uniformes que, primitivamente negros, verdes ó azules, tienen hoy, gracias á la mugre, un mismo tono de color indefinible: se necesita, de igual manera, ver sus brutales fisonomías, bronceadas, según dicen, por el sol, pero cuyo bronceado, á lo que yo entiendo, desaparecería con una buena jabonadura. Con mirarlos á la cara, se comprende á tiro de ballesta que el uso del jabón no está prescrito por la ordenanza que rije al sucio y disciplinado ejército de la Sublime Puerta.

13 de agosto. — Los cristianos que escaparon á la horrible carnicería de la montaña se han refugiado en gran número en Beyruth, bajo la protección de nuestros buques. El gobierno les ha dado un asilo cerca de los grandes edificios de la cuarentena; pero desgraciadamente el asilo no es seguro ni cómodo: es ni más ni menos un campamento al aire libre con tiendas mal hechas, en las cuales viven, algunas veces, hacinadas tres y cuatro familias. El número de enfermos es enorme; las mujeres que se hallaban criando en el momento de estallar la guerra han perdido la leche, y por consecuencia todos los niños de pecho han perecido. Es un espectáculo verdaderamente desgarrador el que ofrecen estos infelices medio desnudos, que no tienen otra cosa para alimentarse sino el socorro que les da el gobierno otomano: esto es, un pedazo de pan al día.

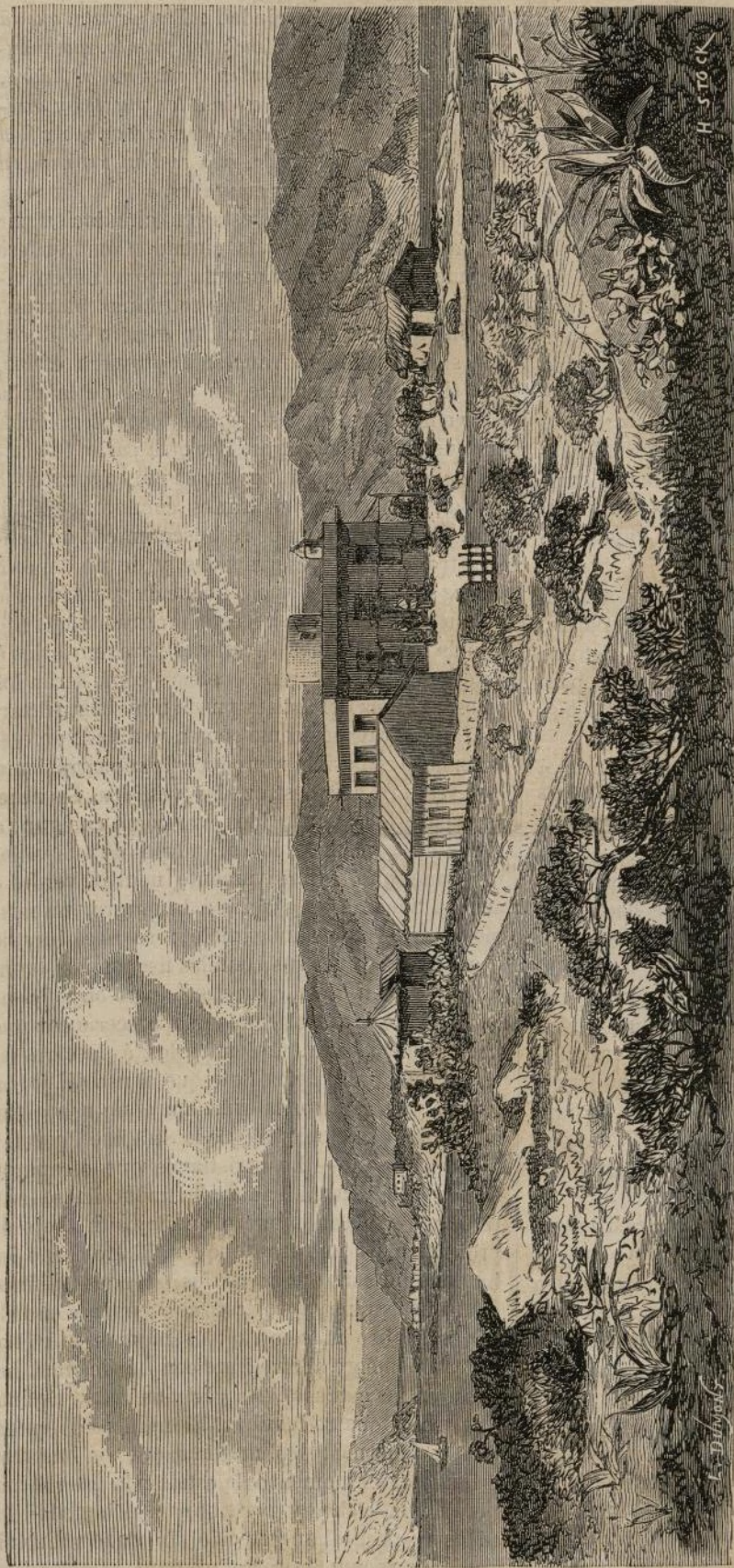
Estos pueblos cristianos yacen en el enervamiento más profundo: son débiles y sin energía. Una sola tribu es guerrera: voy á hablar á ustedes de ella y de su jefe por conclusión de mi carta.

Hay en la montaña, allende el golfo, un hombre llamado Yuseph-Karam, que se erigió en defensor de los cristianos de Siria: á la cabeza de



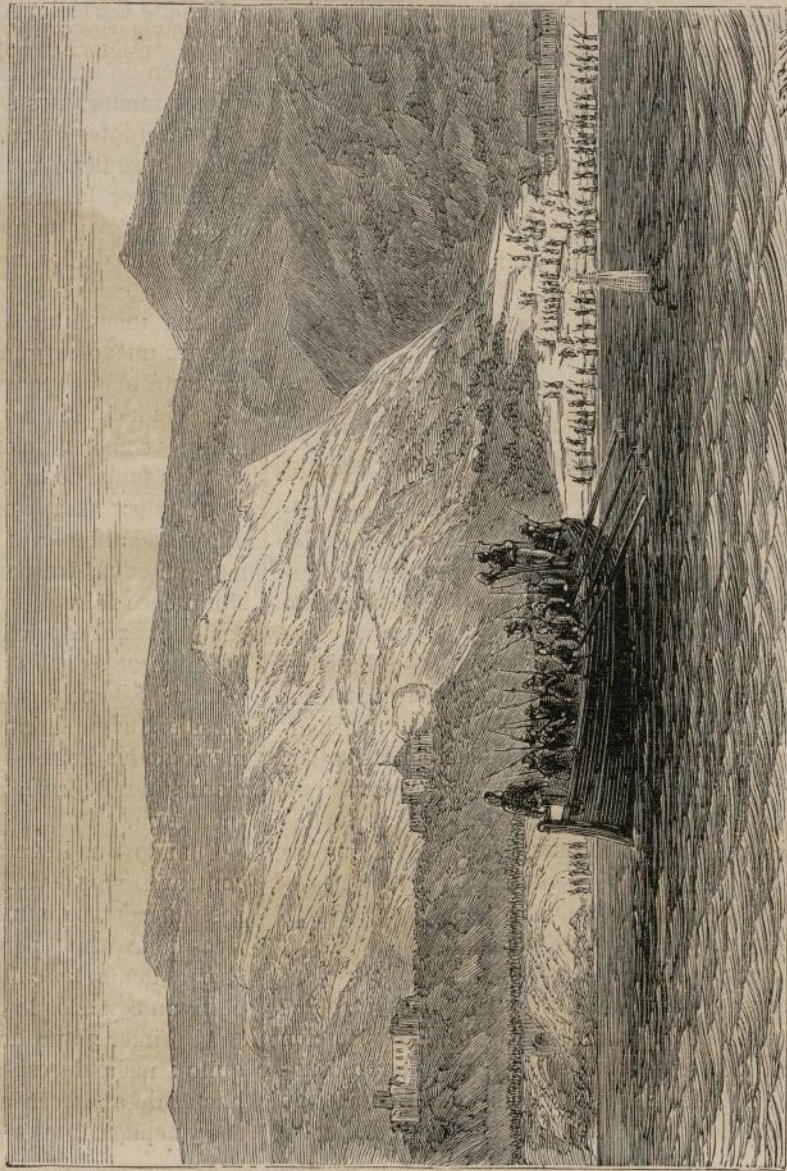
cuatrocientos soldados, lucha incesantemente contra los Drusos y desde el principio de la guerra se mantuvo con esta débil fuerza en una cadena de montañas que sirve de defensa á un angosto desfiladero en la desembocadura del rio conocido con el nombre del *Perro*. Algunos voluntarios se han unido á él, y hoy dia puede ofrecer un asilo seguro á sus correligionarios perseguidos.

Desde mi llegada oí hablar de Yuseph-Karam y resolví hacerle una visita en el rio del *Perro*. Un barbero me condujo en tres horas á un valle angosto, atravesado por un arroyo que ocupa la mayor parte de aquel retiro defendido por una montaña elevada y que parece una sola roca. Al pié de este baluarte natural empieza el territorio



Habitacion de Garibaldi en Caprera. (Segun el cróquis de su gefe de estado mayor el coronel Bordonni.)

de los cristianos. Algunos hombres resueltos, apostados en el camino por donde se faldea la montaña, son bastantes para impedir el paso por el desfiladero á un número de fuerzas considerables. Dirijime á una casita blanca, construida en las márgenes del arroyo, y que sirve con frecuencia de cuartel general á Yuseph. Por desgracia este jefe se hallaba ausente hacia dos dias en una expedicion, pero sus segundos me recibieron en su lugar, y me hicieron de Francésme granjeó una acogida estremada. Convidáronme á comer y á beber y Dios sabe que beben bien! *La religion cristiana no prohibe el uso del vino: esta es una de sus mejores fases*, me decia también, baleándose uno de ellos sólida columna del cristianismo de Oriente.



Reconocimiento hecho por el comandante de Flotte, bajo los fuertes de Escila. (Segun el cróquis de M. Poyans, que acompañaba á M. de Flotte.)



VISTA DE TAVIZZINA. — Primer punto de desembarco entre la Bagna y Escila (Conforme á un cróquis enviado por M. Durand-Brager.)



Un incidente dramático vino á turbar nuestra comida.

Cuando mas tranquilos departiamos, vimos asomar una cabeza por encima de una roca, pasear sumirada por el valle y desaparecer. Era un espía druso. Los centinelas cristianos se dieron la voz de alarma: oyéronse una docena de tiros, y el Druso, precisado á ponerse en fuga, trepando las enormes piedras de que está herizada la montaña, volvió á aparecer en la cresta de una roca y se ocultó en seguida, sin que pudiésemos saber si estaba mortalmente herido ú ileso.

Dícese que Fuad-Bajá ha hecho numerosas ejecuciones en Damasco.

Un cristiano acababa de ser asesinado todavía á algunos pasos de Beyruth.

Por el próximo correo espero re-



Punto de reunion de los voluntarios calabreses en Fumiara di Mura, cerca de San Roberto. (Segun el dibujo M. Durand-Brager.)

mitir á ustedes el croquis de una aldea incendiada, y otro del desembarco del ejército francés, aguardado con impaciencia.

Espero igualmente ir á reconocer alguna aldea drusa: tengo al efecto una carta de recomendación para uno de los jefes.

M. Legray agrega á mi remesa la vista general de Beyruth.

16 de agosto. — En el momento de entregar al correo mi paquete llega un buque de las mensajerías imperiales, trayendo á su bordo un batallón de cazadores de á pie. Mañana se espera un segundo buque y pasado un tercero. Los cristianos saludan con estrepitoso clamoreo la enseña salvadora de la Francia.

De usted afectísimo, etc.

E. LOCKROY hijo.  
(Tr. F. de la V.)



Puesto avanzado de Mario en Aspromonte, cerca de la Piana-Milla. (Conforme á un croquis de M. Durand-Brager.)



## LOS CIRCULOS DE PARIS.

El Jockey-Club ha contado en su seno, desde su origen, crecido número de hombres, no solamente de gran mérito personal, sino que ha sido una especie de semillero de talentos incontestables y de capacidades de primer orden, como lo demostraremos dentro de poco, de elegancias de buena ley, de hábiles cazadores, de sportmen distinguidos y de perfectos ginetes.

Citemos algunos hechos entre mil:

Un día pasaba á caballo el conde de Chatauvillard, — montaba un poney de raza irlandesa, — bajo las ventanas del club, en la esquina del boulevard y de la calle Drouot; apercibe á dos amigos suyos que se hallaban en el balcon. Se acerca á la acera y pide noticias de otro amigo, excelente jugador de billar, con quien habia jugado la víspera y al cual debia una contra ó desquite; le dicen que su adversario se halla en el club, deseoso de jugar una nueva partida con él. El ginete busca á alguno que le tenga su caballo, y nadie, ni uno solo de esos lazzaroni ociosos de los boulevards de Paris, se encontraba allí para prestarle este servicio. La ocasion era sin embargo demasiado buena para dejarla perder. — «Pues bien! le dicen desde el balcon, sube con tu caballo. — No sería cosa imposible, responde al momento el ginete. — Diantre! tendríamos mucha curiosidad de verlo!» Y sin perder mas tiempo, M. de Chatauvillard pica á su caballo, pasa la puerta cochera, sube las gradas de la escalera, llega, con grandes aclamaciones de sorpresa de todos sus amigos, á la meseta del primer piso, arriba del entresuelo, y desde allí hace su entrada triunfal en la sala de billar, en donde le espera su adversario. Pide á éste el insigne favor de que le permita jugar sin echar pié á tierra, y la proposicion es aceptada. Preséntanle un taco: M. de Chatauvillard, sin apearse, gobierna á su caballo, le hace dar vueltas y mas vueltas con tal habilidad, que su juego no pierde ni un ápice de su precision y gana brillantemente la partida; despues de lo cual, siempre á caballo, baja la escalera y continúa tranquilamente su paseo por el boulevard.

Una vez M. Mackenzie Grieves se hallaba de caza; el camino por el cual iba se encuentra repentinamente obstruido por un precipicio que dominaba el curso de un riachuelo bastante profundo. Era preciso, ó saltar, ó volver riendas y dar un gran rodeo para encontrar la huella del animal. Nuestro sportman no titubea. Habia descubierto una piedra fija en las paredes del precipicio y que formaba una salida; lanza su caballo, el cual pone las patas delanteras sobre la roca, toma vuelo y rueda con su ginete en el rio; uno y otro se sumergen y desaparecen un instante, despues salen á la superficie; trepan por el declive opuesto y el caballo parte al galope.

La casa de la calle Drouot (Grange-Batelière,) á pesar de lo bello del local y de hallarse bien situada, no ofrecia una distribucion conveniente. Era necesario modificar mucho el interior de las habitaciones para que la Sociedad pudiese prolongar allí su estancia. Se suscitaron algunas dificultades de importancia secundaria y obligaron al club á cambiar de domicilio.

Arrendó por veinte años la casa que ocupaba el club de la Union, en la esquina de la calle de Grammont y del boulevard, á donde fué á instalarse el 20 de junio de 1857. La casa fué completamente trastornada, restaurada, agrandada en vista de su nuevo destino. Su situacion en el centro de Paris ha debido prevalecer sobre otras consideraciones al elejirla entre mil. No obstante, algunas obras muy inteligentes han dado al conjunto de esta residencia un carácter de mucha

elegancia; pero su aspecto no ofrece nada de notable, y es lástima.

La casa tiene dos entradas, una por la calle de Grammont, para los socios; la otra por la calle de Marivaux, que está destinada á la administracion y al servicio. Tiene en cada piso siete ventanas que dan al boulevard y nueve á la calle de Grammont.

En el primer piso hay una vasta antesala, en la cual se hallan reunidos una docena de lacayos con gran librea á la francesa, y media docena de camareros con frac negro y calzon corto; á la derecha otra antesala en la cual se depositan los paletots, bastones, etc.

Esta segunda antesala conduce á la casa de la calle de Marivaux, destinada toda ella al servicio accesorio del Jockey-Club. Si se vuelve uno á la izquierda, entra en un lindo saloncito que tiene dos ventanas sobre el boulevard; allí es donde se reunen comunmente las personas que se ocupan de las carreras y de la cria de caballos. Se encuentran tambien en dicho salon todos los libros y periódicos que tratan con mas particularidad de estas materias; las paredes se hallan cubiertas con retratos de caballos célebres, tales como The Barang, Fang a Ballagh, sir Hércules, Camel, Voltigeur; hemos notado un retrato de Poetess, la madre de Monarca; este cuadro fué comprado por el Jockey-Club en la venta de la casa de lord Seymour. Despues de este salon sigue otro dorado y cubierto de magníficas pinturas que han costado nada menos de cincuenta mil francos; tiene tres ventanas que dan al boulevard; es una pieza reservada para el juego de whist, en la cual se celebran todos los dias los mas famosos jugadores de Paris; allí es donde tuvo origen la gran partida de whist del círculo de la Union que se ha perpetuado despues en el Jockey-Club; es un salon histórico; sus pinturas restauradas remontan al primer Imperio y á Luis XVI. La chimenea, de oro y mármol, es de sólida magnificencia. Despues sigue, en la esquina del boulevard y de la calle de Grammont, una vasta sala en la cual se celebran las asambleas generales, se hacen las votaciones del domingo, y que sirve de sala de conversacion. Véase en esta pieza dos cuadros del baron Finot, uno que representa á Leon, antes de la partida del premio del Jockey-Club, en el recinto que sirve para pesar en Chantilly, el otro figura á Monarca en el recinto análogo del bosque de Boulogne; los dos cuadros son de grandes dimensiones; representan varios personajes todos notables por su semejanza. Nos ha llamado la atencion, en el cuadro de Monarca, el primer grupo de la izquierda, compuesto de los señores conde Enrique Greffühle, de Calenge y Enrique Delamarre, el conde de Lagrange dando instrucciones á Tom Jennings, despues á la derecha, los señores conde d'Hédouville, vizconde Daru, duque de Plasencia, baron de Larrochette, Mackenzie Grieves, etc., etc. Hay otro cuadro pintado por M. Henri Delamarre, que representa la carrera en que se disputa el premio del Jockey-Club, el cual fué ganado por Potocki, cuando Florin, el favorito del Dervy, dió una espantosa caída, yendo montado por Kitchener. Hay mucha imaginacion, movimiento y habilidad en esta obra importante. En seguida los retratos de Monarca, Potocki, Black Prince, todos vencedores de los premios del Jockey-Club.

Despues de esta pieza, se entra en un salon bastante grande, de lectura, en el cual se encuentra un gran cuadro de David, poco agradable como composicion, pero bello como obra de arte, dado al club por M. Octave de Béhague; luego un lindo paisaje de M. de Valdrôme. Se penetra en fin en una inmensa galería reservada enteramente al juego. Nótese en ella el precioso cuadro dado por M. Lherbette; el Zorro y el Cuer-

vo, hecho y regalado por el conde de Baleroy, y algunas otras buenas composiciones.

En el segundo piso, del lado del boulevard, se encuentran la biblioteca y una sala magnífica de billar, despues el gran comedor reservado para las personas que quieran comer á la carta; del lado de la calle de Grammont, otros dos corredores grandes; del lado del patio, una vasta galería que sirve para las reuniones del comité; detrás, las oficinas del secretario general del Club, M. Grand-homme.

En el tercer piso se hallan las habitaciones para los secretarios, la lencería y la vagilla de plata; finalmente, en el cuarto piso, todos los aposentos de servicio.

Esceptuando el salon histórico, que es amarillo y dorado, y con adornos de arabescos, toda la casa afecta, en su decoracion, un solo color, el blanco.

En el ala que tiene vista sobre la calle de Marivaux, se hallan los hornillos, á nivel con los comedores, pero separados de estos últimos por una série de piezas destinadas al servicio.

La cocina se halla contigua á un lavadero establecido á la inglesa, con sus receptáculos de agua del Sena. A un lado, está la despensa.

Si se encuentra en esta pieza el horno económico que ha invadido hoy todos los establecimientos gastronómicos de Paris, véanse tambien dos hogares reservados para el sabroso asador conservado por los grandes maestros en materias de cocina. Digámoslo en alta voz, nunca será introducido en la mesa del Jockey-Club el asado en el horno. Gouffé, que preside las hornillas, es amigo en demasía de las tradiciones aristocráticas de su arte para derogar un punto tan esencial.

Todas las habitaciones se hallan alumbradas con arañas, y las mesas de juego con bugías; la escalera con gas. Existen en todos los pisos, ocultos en los adornos de las cornisas, ventiladores que aspiran el aire viciado del interior y le conducen á fuera.

La organizacion actual del Club comporta el siguiente personal:

El secretario, dos mozos de billar, un mayordomo; ocho camareros, doce lacayos; dos criados; una criada; dos mandaderos y el conserje con librea.

Desde que se mudó de la calle de Douot, la Sociedad ha perdido á M. Jules Bonpierre, uno de los últimos representantes de esa gran partida de whist característica del círculo, y que no ha tenido igual en el mundo. La gran partida de whist, llamada así á causa del crecido precio de la ficha y de las apuestas, y á causa tambien del talento escepcional de algunos de los que han tomado parte en ella, comenzó en el círculo de la Union, en donde ha existido durante veinte años. En 1856 Drouot la ha trasportado, por decirlo así, de aquel círculo al Jockey-Club. Ha sufrido naturalmente diversas transformaciones en un espacio de tiempo tan considerable. Varios de los mas célebres jugadores han desaparecido, pero ella se ha renovado con otros nuevos, que son muy dignos de sus patronos.

En el círculo de Montmartre comenzó M. Bonpierre á jugar al whist. Allí fué donde aprendió el juego y se desarrollaron las facultades escepcionales que le han constituido prontamente en uno de los jugadores mas hábiles de Paris. M. Deschappelles le coloca en primera línea, y decia de él que era el jugador por el cual preferiria apostar; es el mayor honor que se puede hacer á su talento.

Hemos citado á M. Bonpierre en prueba de esa variedad de aptitudes y de tipos de que se compone el círculo; pero lo que le distingue, lo que le caracteriza sobre todo, es que él es en cierto modo la expresion fiel de una jeneracion de hom-



bres enérgicos é inteligentes á la vez, ardorosos en el placer, cuanto formales y reflexivos en los negocios. Esta jeneracion data de los últimos dias del Imperio y de la Restauracion. Ella ha suministrado personas célebres en la política, en la diplomacia, en el ejército y en las letras; gran número de esos hombres se han encontrado reunidos como miembros del Jockey-Club, han vivido en buena inteligencia, y se han mantenido en el movimiento de sus relaciones íntimas, apesar de profundas diverjencias de principios y en medio de los trastornos revolucionarios del país. Los señores mariscal Bosquet, el conde Walewsky, el conde Morny, el general Fleury, el general Forton; Fould, ministro de Estado; Lavalette, embajador, el conde Flahant, el vizconde P. Daru, el conde de Germiny, el príncipe de la Moskowa, el marqués de l'Isle, etc., etc., pertenecen á esta jeneracion y á esta lista de individualidades cuyo talento ú ilustracion ha consagrado la opinion pública.

No surge ni un solo suceso de alguna importancia sin que el Jockey-Club deje de tomar parte en él. Así, apenas habia comenzado la guerra de Italia, cuando mas de cuarenta miembros se hallan bajo las banderas; los hay de toda clase, desde el grado de general de division hasta el de simple soldado. Son de este número:

Los señores:

Marqués Dandigné, conde d'Andlau, Eduardo André, vizconde d'Audiffret, duque de Candore, Nicolás Clary, vizconde de Barbançois, baron de Berkheim, conde de Bernis, de Berthois, vizconde H. Bertrand, conde de Chambrun, conde de Courcy, conde de Espeuilles, general Fleury, general marqués de Forton, vizconde Foy, marqués de Galliffet, Gibert, Vaubert de Genlis, Reille, marqués de Grammont, general príncipe de la Moskowa, vizconde Pajol, Paulze d'Ivoy (Eugenio), Maurice Saint-Pierre, vizconde de Polignac, conde Rességnier, coronel de Rochebournet, conde Francisco de Larochehoucauld, vizconde de Saint-Roman, de Salignac-Fénelon, vizconde Septeuil, L. Siquot, baron Pussin, vizconde Talon, marqués de Toulangeon, conde de Vogué, conde Caccia, coronel al servicio de Su Magestad el rey de Cerdeña.

Las asambleas generales del Jockey-Club se verifican el último domingo de enero; la última fué presidida por el marqués de Gontaut-Biron (1).

La cuenta general de los gastos ha sido, en 1859, de 521,963 fr. 95 c., á saber: 224,839 fr. 65 c. para el círculo y 297,124 fr. 30 c. para la Sociedad. Las entradas han ascendido á 585,357 fr. 15 c., á saber: 232,079 fr. 90 c. para el círculo y 353,277 fr. 25 c. para la Sociedad. Por consiguiente, el círculo ha tenido un esceso de entradas de 7,240 fr. 25 c., y la Sociedad un esceso de 56,152 fr. 95 c. El alquiler de la casa arrendada por el Jockey-Club es de 72,150 fr.

Los gastos del personal del círculo, ascienden á 56,963 fr. 55 c.; el alumbrado á 25,107 fr. 90 c.; la mesa puesta al círculo, aunque el precio de la comida sea de 6 fr., 23,547 fr. 90 c.; mas de lo que produce.

Las entradas comprenden los escotes anuales de 531 miembros antiguos, ó sea 159,300 fr.; de 27 miembros nuevos, ó sea 18,900 fr.; de 17 miembros temporales, ó sea 1,700 fr. El escote anual es de 400 fr., de los cuales 300 para el círculo y 100 para la Sociedad. El primer año, los miembros recién admitidos pagan además un derecho de

entrada de 400 fr. Los miembros temporales pagan 200 fr. por cuatro meses, de los cuales la mitad para la Sociedad. Los productos del juego se han elevado á 35,000 fr. próximamente. El activo del círculo, tanto en dinero como en valores, era en 31 de diciembre de 148,310 fr. 40 c.

El presupuesto del círculo para 1860 prevee entradas que ascienden á 218,300 fr., y gastos que suben á 208,300 fr.

El presupuesto de la Sociedad contiene este año un artículo nuevo: Premios para los departamentos. 12,000 fr.

Aquí conviene dar á conocer las diferencias entre las dos administraciones, el círculo y la Sociedad de fomento, que no forman mas de un solo y mismo establecimiento.

El círculo es del todo independiente y distinto de la Sociedad; pero aquel toma su nombre y se acrece á la sombra de sus principios. Así, desde el oríjen, nombráronse comités, y dos reglamentos fueron propuestos, discutidos y adoptados, uno para el círculo, el otro para la Sociedad. Dispúsose, como lo comprueban los dos reglamentos aun hoy vijentes, que las dos administraciones estarian enteramente separadas, que la una no podria mezclarse en los asuntos de la otra, y esto era lógico y racional. Para atender á necesidades diversas, eran menester dos organizaciones diferentes. La organizacion de la Sociedad de fomento debia ser fija, inmutable, como la idea que ella representa, no podia sufrir ninguna alteracion y no tenia mas que una necesidad dominante, la de la conservacion.

Pero si la organizacion de la Sociedad debia ser fija para el buen éxito de ésta, que representa una idea, no podia suceder lo mismo con la organizacion de un círculo, en que al contrario cada elemento debe hallarse sometido á la eleccion y al exámen de las asambleas generales. Todó es variable en un círculo, los hombres y las cosas; es pues natural que todo cambie segun los gustos y las costumbres del tiempo. Administrar un círculo es por lo demás una carga que exige mucho celo y abnegacion, sin ninguna recompensa, y es justo que cada cual la acepte á su vez. Así vemos que, mientras el comité de las carreras se compone de quince miembros fundadores, nombrados por vida, que se agregan cada año quince miembros escogidos por ellos, el comité del círculo se renueva anualmente por votacion de la asamblea general. Esta doble organizacion, tan sabia y tan sensata, ha contribuido mucho al desarrollo y á la prosperidad de este célebre establecimiento.

Pero á la vez que tiene dos administraciones distintas y dos sistemas enteramente diversos, el Jockey-Club no forma sin embargo mas que un solo conjunto, tan ligadas se hallan las dos administraciones por el mismo interés. El círculo tiene empeño en que la Sociedad aumente su influencia, conserve su prestigio: esta influencia redundará en su propio desarrollo. Mientras mas reconocido sea el prestigio de la Sociedad, mas segura será la prosperidad del círculo; y por otra parte, mientras mas esplendor y bienestar tenga el círculo, aumentará mas el número de sus miembros, y la Sociedad verá acrecer su presupuesto, y, por consiguiente, la cantidad que ella consagra cada año á los premios de las carreras. Sin la Sociedad, sin la idea que ella representa, qué seria del círculo? Una reunion ordinaria, como hay tantas en París, con la incertidumbre del porvenir. Sin el círculo, la Sociedad careceria de esa firmeza, de esa estabilidad que han contribuido ciertamente á su buen éxito. Este interés comun es tan evidente, que no ha cesado nunca de existir la mejor armonia entre las dos administraciones, y han tenido siempre por divisa servirse mutuamente.

Asique, la Sociedad aumenta cada año los privilegios concedidos á los miembros del círculo, sin pedirles nada en recompensa, porque ella sabe que, al servir al círculo, se sirve á sí misma. El escote anual de cada miembro del Jockey-Club es actualmente de 400 fr., de los cuales 100 para la Sociedad y 300 para el círculo. Nunca ha variado esta cantidad de 100 fr. Aunque no haya nada en el reglamento de la Sociedad que la obligue á otorgar privilegios al círculo, el uso habia consagrado algunos á los cuales se ha dado incremento, en nuestro concepto, con justa razon, de algunos años á esta parte. Así, por ejemplo, se habia admitido que los miembros del Jockey-Club asistirian gráti á las carreras de la Sociedad, y que tendrian puestos reservados. — En un principio, no habia mas de cuatro dias de carreras en el Campo de Marte, despues se han creado en Chantilly, en Versalles, y las carreras de Otoño, de tal suerte, que el número de dias de carreras se ha elevado sucesivamente de 4 á 6, 8, 11 y finalmente á 14, y aumentará aun muy pronto; hé aquí en cuanto á la cantidad. Pero el número es de poca importancia en comparacion de la calidad. En otro tiempo las carreras no ofrecian casi ningun interés: tres ó cuatro caballos, siempre los mismos, se disputaban premios de poca importancia. El espectáculo parecia insípido al público; hoy es magnífico, y los mas indiferentes no pueden menos de reconocer que iguala, en muchos casos, las mas bellas reuniones de Inglaterra.

El círculo y la Sociedad de fomento, si bien se administran separadamente, se han considerado pues siempre como una sola y misma familia, y á esta organizacion sabia y previsor, que impide todo conflicto, al mismo tiempo que responde á todas las necesidades, es á lo que se debe la buena armonia y la prosperidad que han ido siempre en aumento. El círculo es la parte agradable, la Sociedad la parte útil, y esta alianza feliz no podia menos de producir los mas brillantes resultados.

Gran número de los miembros del círculo son de parecer que el Jockey-Club deberia ocupar un palacio propio, que llevase en el exterior el carácter de gran interés del establecimiento.

El duque de la Rochefoucauld ha hecho en este sentido una proposicion en la última asamblea general. Ha sido aplazada como cuestion de forma, mas bien que combatida como cuestion de fondo.

Créese que volverá á ser presentada, y el Jockey-Club la resolverá sin duda favorablemente; él podrá, si no en un corto plazo, al menos en poco tiempo, reunir el capital necesario para crear un establecimiento digno de su fama, del porvenir que le está reservado y de la ciudad de París, para construir una residencia que se halle por lo menos á la altura de los grandes clubs de Londres, y que los aventaje bajo el punto de vista de sus monumentos.

EUGENIO CHAPUS.  
(J. R.)

#### MARONITAS ORANDO Á BORDO DE UN BUQUE INGLÉS.

Muchas familias maronitas se han visto obligadas á abandonar la Siria, huyendo el puñal de los sicarios; mas la nueva de la expedicion francesa restituye la confianza en los infelices desterrados, que vuelven los tristes ojos y errantes pasos hácia su abandonado suelo. En todos los puntos del litoral mediterráneo donde buscaron un asilo á la desgracia, se ven numerosos grupos de hombres, mujeres y niños que se embarcan para aproximarse á sus hogares, ayer sembrados de cadáveres, de terror y espanto, mas tranquilos hoy al rumor de las armas europeas.

M. Lockroy, enviado especial del *Mundo ilustrado*.

(1) El Jockey-Club ha sido presidido por lord Seymour en su fundacion;

En 1835, por M. de Normandie;

De 1835 á 1840, por el príncipe de la Moskowa;

De 1840 á 1853, por el conde Ach. Delamarre;

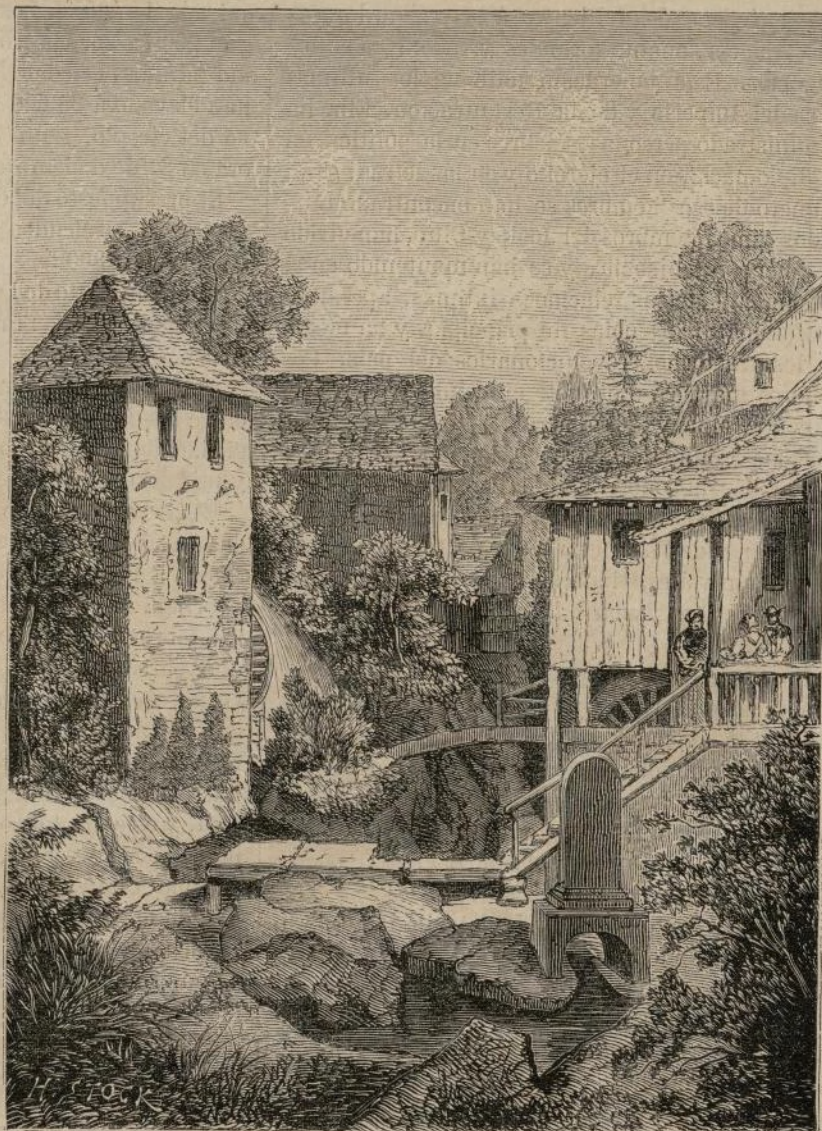
Desde 1853, se halla presidido por el marqués de Biron.





Puente de Lacaille, sobre el torrente del Usses, camino de Annecy á Ginebra.

(Segun los croquis de M. A. Deroy.)



Cascada de Gressy, cerca de Aix.



Vista general de Annecy, tomada desde el camino de Ginebra. (Cróquis de M. A. Deroy.)





Vista general de Chambéry, tomada desde el camino de Aix. (Segun croquis de M. A. Deroy.)



ASUNTOS DE SIRIA. — Maronitas refugiados á bordo de un buque inglés, haciendo sus oraciones. (Conforme á un croquis de M. E. Lockroy, nuestro dibujante especial en Siria.)



*trad.* para consignar con la pluma y con el pincel la marcha de los acontecimientos, atravesó el Mediterráneo á bordo de un vapor inglés, en donde se encontraban varias familias maronitas. Era un tierno espectáculo, dice en su correspondencia, el que presentaban por la noche estos infelices prosternados, levantando el corazón al Sér Supremo y vertiendo abundantes lágrimas sobre sus bienes arrebatados, sobre sus casas y familias presas del fuego y del cuchillo.

MAC VERNOLL.  
(Trad. A. L. de B.)

## UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

(Continuación.)

V

Miss Arabella.

Confieso que recibí un agradable desengaño cuando fijé mi curiosa mirada en la fisonomía de aquella mujer.

Yo me había figurado en un principio encontrarme cuando menos con una vieja de puntaguda barba, de nariz aguileña, de boca sumida y de ojos hundidos y vidriosos.

Pero miss Arabella, como la había llamado Pietro al anunciármela, estaba muy lejos de realizar el tipo repugnante de bruja que todos hemos creído ver durante la infancia al escuchar los medrosos cuentos de nuestra nodriza.

La célebre prestidigitadora era muy joven aun, tan joven, que apenas contaría treinta y cinco años.

Sin ser hermosa, tenía en el conjunto de sus facciones un no sé qué de simpático y expresivo, que desde luego predisponía en su favor. La extraordinaria blancura de su cutis, el dorado color de su flotante cabellera, cortada á la altura de los hombros, su elevada estatura, su andar majestuoso y grave como el de una reina, y sus ojos azules y transparentes como el cielo de Italia, daban á su persona un aire noble y distinguido á la par que un poco fantástico.

— Es usted, señorita, — me dijo despues de saludarme y antes que yo la dirigiera la palabra, — es usted la persona que me ha hecho llorar?

— Sí, señora, — la respondí tímidamente, no sabiendo cómo abordar la cuestión.

— Y bien, en qué puedo serle á usted útil?

— En mucho, señora!... He oído decir que posee usted una ciencia misteriosa, merced á la cual, el porvenir rasga su velo de incertidumbre, y el pasado patentiza los secretos ocultos entre los pliegues de su tenebrosa noche...

— En una palabra, lo que le han dicho á usted, hija mía, — interrumpió miss Arabella, notando mi perplejidad, — lo que le han dicho á usted es, que soy una hechicera, ó cosa por el estilo, no es cierto? Sí, esa es la opinión que merezco al vulgo supersticioso, cuya limitada inteligencia atribuye siempre un origen sobrenatural á todo lo que no está á su alcance; pero la han engañado á usted, mi pobre niña. Yo no soy una nigromántica, ni mucho menos. En los tiempos en que la ignorancia y el error no permitían conocer todo lo que tienen de ridículo ciertas absurdas creencias, la magia y los charlatanes hicieron gran fortuna en el mundo. Entonces, hasta las clases mas elevadas de la sociedad creían de buena fé en el lenguaje cabalístico de las estrellas, y en las patrañas que en forma de horóscopo escuchaban de los mentidos labios de los alquimistas. Pero las magas no existen ya sino es en las antiguas leyendas de nuestra verde Erin. Los hornillos donde los astrólogos confeccionaban esos terribles filtros, á cuyo poder nada resistía, están hoy completamente apagados: su fuego, que no brillaba mas que en las sombras, palideció ante la luz de

la moderna ciencia, y quedó muerto bajo el hielo del ridículo. El soplo de la civilización, al disipar las tinieblas de la ignorancia, ha disipado tambien el velo misterioso con que las diabólicas artes encubrían su risible esqueleto, y la verdad evangélica ha hecho enmudecer á los augures, á las sibilas y á los oráculos del paganismo. No, el porvenir ya no responde á los conjuros de los adivinos. Hoy las personas medio instruidas se mofan de esas creencias, que han venido á ser patrimonio exclusivo del ignorante vulgo. Repito, hija mía, que la han engañado á usted: yo no soy una nigromántica.

— Oh! pido á usted mil perdones, señora! — repuse casi avergonzada al escuchar el juicioso razonamiento de miss Arabella. — No obstante mis pocos años, creo como usted que esos recursos sobrenaturales no son otra cosa que una quimera inventada por la superstición de los antiguos tiempos: creo así mismo que la inteligencia humana tiene un límite, y que solo Dios puede conocer los secretos del porvenir. Sin embargo de mi incredulidad, y por un contrasentido inesplicable, cuando anoche oí hablar en el teatro de los prodigios que usted ejecutaba, abrigué por un momento la esperanza de resolver el enigma de mi vida. El ardiente deseo de penetrar en el misterio que envuelve mi existencia, de conocer mi origen y mi destino, me hizo olvidar que los míseros humanos somos impotentes para dirigir nuestra vista mas allá del instante en que vivimos. Ahora reconozco que me he conducido con demasiada lijereza, y suplico á usted me dispense el haberla molestado.

— Nada tengo que dispensar á usted, mi pobre niña, — me dijo aquella mujer, fijando en mí sus grandes ojos azules con una expresión de infinita ternura. — Si usted sufre, como sus palabras acaban de indicármelo, ha hecho usted bien en llamarme, porque mi visita no será estéril para el objeto que usted se propone. Yo no soy una maga, es verdad, pero tengo sin embargo poder suficiente para conseguir la solución de algunos problemas... ¿No conoce usted á su familia?

— No señora, y hasta ignoro si la tengo.

— ¿Desea usted salir de la duda y conocerla en caso que exista?

— Es lo que mas ambiciono.

— Pues bien, si usted quiere, puede satisfacer ese deseo ahora mismo.

Una sonrisa de incredulidad asomó á mis labios. Miss Arabella añadió sin desconcertarse:

— Para ello no tendremos que recurrir á conjuros diabólicos, porque ya hemos convenido en que este medio está completamente desautorizado. El porvenir, como ha dicho usted antes, pertenece á Dios, y á nadie mas que á Él le es posible investigar sus arcanos; pero el momento presente pertenece al hombre. Su inteligencia, aunque débil destello de la Inteligencia Suma, y aunque limitada é impotente para abarcar el infinito, ha realizado milagrosas conquistas: ellas nos servirán en nuestra obra de investigación, si, como lo espero, tiene usted una de esas almas dóciles y sin mancilla, susceptibles de obedecer al poderoso influjo del fluido magnético. A falta de una hechicera, tendrá usted una magnetizadora, y en lugar de un falso horóscopo, de una mentida profecía, producto de ridículas combinaciones, el recuerdo vivo y permanente del largo viaje que va usted á emprender en el estado de sonámbula. ¿Cree usted en el magnetismo?

Tan nuevo, tan extraño era para mí entonces este lenguaje, que no solamente no supe qué responder á la pregunta que se me dirigía, sino que me quedé mirando á mi interlocutora con cierto recelo, imaginándome si aquella infeliz estaría falta de razón.

Miss Arabella esperaba mi respuesta sin separar

sus ojos de los míos, sus grandes ojos azules que en aquel momento me parecieron dotados de un brillo fosfórico.

El peso de su mirada me hacia daño.

— No sé de lo que quiere usted hablarme — la dije casi con miedo. — Confieso mi absoluta ignorancia respecto al magnetismo.

— No importa! — continuó con su benévola sonrisa, con su acento cariñoso é insinuante. — Yo se lo explicaré á usted, y esa ignorancia nos servirá de mucho, porque de ese modo será usted desde luego del número de los creyentes, y no lucharemos para nuestra prueba con el obstáculo de la prevención sistemática de los que rechazan todo nuevo fenómeno sin haberse tomado el trabajo de estudiarle. — El magnetismo es un fluido misterioso por medio del cual se consigue desatar el alma, digámoslo así, — aunque momentáneamente, — de los groseros lazos de la materia. Las personas sometidas á su poderoso influjo caen en una especie de sueño letárgico, durante el cual se paralizan todas las facultades á escepcion de la palabra y del oído, sienten el espíritu libre de su cárcel de barro, y ven con los ojos del alma cuanto pertenece al momento presente, cualquiera que sea la distancia á que se halle el punto del globo á donde el magnetizador les ordene dirigir la vista. Una vez producido el sonambulismo, nada mas fácil que averiguar lo que nos interesa conocer: para el alma no hay entonces obstáculos materiales; el espacio no existe, y hasta en los sitios mas recónditos penetra su poderosa mirada. Si usted me pregunta cómo y por qué se producen estos fenómenos, tendré que decirle que lo ignoro absolutamente. Su descubrimiento está demasiado cercano, y la ciencia no puede aun explicarlos de una manera satisfactoria. Por eso doy á usted esta sencilla definición, mil veces mas comprensible para los que desconocen la materia que la hojarasca del tecnicismo. El lenguaje de las definiciones científicas nos embrollaría sin sacarnos de dudas. Para nuestro objeto, basta con que el fenómeno exista: poco debe importarnos desconocer la naturaleza de las causas que le producen.

Esto supuesto, quiero prevenirla que para verificar la prueba se necesita un poco de valor, porque ese viaje inmaterial del espíritu ocasiona alguna fatiga. ¿Se halla usted dispuesta á emprenderle?

El acento de profunda convicción con que hablaba miss Arabella había desvanecido poco á poco el miedo que me causaron sus primeras frases: la curiosidad vino á sustituirle, y casi concluí por tener fé en las promesas que tan absurdas me parecieron en un principio.

— El valor y la fé — añadió miss Arabella como adivinando mi pensamiento — son dos cualidades precisas para la eficacia del ensayo: si no cree usted en el magnetismo; si no se halla usted con ánimo bastante, aun estamos á tiempo de renunciar.

— De ningún modo! — repuse con viveza. — Si es cierto que el magnetismo obra esos milagros, estoy decidida á someterme á su acción, y podemos empezar cuando usted guste.

— Enhorabuena! en ese caso, sírvase usted darme sus instrucciones.

— Respecto á qué?

— Respecto á las personas y á las cosas que desea usted encontrar.

— Quiero ver á mis padres...

La magnetizadora se dirigió á un *secretaire* abierto en el fondo del gabinete, y tomando papel y pluma se puso á escribir.

— Continúe usted: voy á tomar nota para que nada se me olvide.

— Quiero — añadí — averiguar si mi nodriza vive y si es feliz.



— Esto último tendrá usted que deducirlo de los objetos que la rodeen; porque la felicidad se esconde en el fondo del corazón humano y no es visible ni para los ojos del alma.

— Quiero también conocer la suerte de mis dos compañeras de colegio, Estéfana y Elvira, y visitar las risueñas márgenes del Arno y la pequeña huerta cuyos frutales dieron sombra á mi cuna.

— ¿Es eso todo cuanto usted ambiciona?

— Todo. Lo demás que pudiera interesarme pertenecería exclusivamente al pasado y al porvenir.

— Y por lo tanto sólo á Dios. Pero aun existe alguna otra cosa bajo nuestro dominio, que estoy segura ha de serle interesante; No desea usted examinar las facciones del sér en quien reside la mitad de su alma?

— La mitad de mi alma! — exclamé con asombro. — No lo comprendo! ¿Por ventura nuestras almas son incompletas?

(Continuará.)

FEDERICO DE LA VEGA.

### CRÓNICA DE TRIBUNALES.

Petit Jean, aprovechando la época de las vacaciones, ha ido á descansar de sus faenas á orillas del lago de los Cuatro-Cantones y á las montañas del Tirol, y con su amiga é irresistible voz me nombra su... *cirineo*, pues que para mis débiles fuerzas es harto pesada cruz su elegante y lijera pluma. Resignaréme, pues, á tan dura ley lo mejor que pueda, es decir, el menor tiempo posible, anotando sólo, durante la ausencia del tirano, las raras aventuras judiciales que sean dignas de llamar la atención del *Mundo ilustrado*.

El ruidoso litigio de Clermont terminó de una manera imprevista: el finado marqués de Villette, siempre fiel, ha debido bañarse en agua rosada al oír los largos considerandos del fallo judicial por el que se mantiene á Monseñor de Moulins en posesión de sus millones. El ministerio público opinó de opuesto modo. Después de tantos y tan elevados debates, no deja de ser digno de notarse este disenso absoluto entre dos magistrados movidos de la misma imparcialidad, del mismo amor á la justicia.

En concepto del procurador imperial, no cabía la menor duda. El marqués de Villette nunca tuvo mas que un pensamiento constante, el de asegurar su fortuna al conde de Chambord. Monseñor de Moulins no era más que un mandatario oficioso, encargado de hacer la entrega al príncipe. El velo estaba corrido y el Tribunal, para convencerse de la justicia, no necesitaba recurrir á la prueba de los hechos articulados por los señores de Montreuil. Era forzoso, pues, que ocultaba al fideicomisario prohibido por la ley, anular el testamento en favor del prelado y entregar esta opulenta sucesión en poder de los demandantes.

Por el contrario, el Tribunal falló que no era cierta la voluntad constante atribuida al marqués: en los últimos años de su vida, parecía haber renunciado al pensamiento fijo de dejar al príncipe por heredero, y finalmente, que fué su intención favorecer á Monseñor de Dreux Brezé.

A estas razones, los jueces agregaron una censura severa de la conducta de los señores de Montreuil, padre é hijo. Esta parte de la sentencia va salpicada de las espresiones amargas, *manejos*, *fraudes*, *abusos de confianza*, etc., que en nada contribuirán á dulcificar la pérdida de los millones á los demandantes.

Verdad es que les resta el recurso de apelación y que no dejarán de abrir un nuevo palenque en París á los ilustres campeones que tan brillantes

pruebas de elocuencia dieron en el torneo preliminar de Clermont.

Tenemos que añadir un capítulo mas á los misterios de entre bastidores: los bastidores, ese ensueño mágico de los colegiales! ver de cerca á las reinas de las tablas! Tener la llave reservada, mas preciosa que si fuera de oro, la llave del paraíso, no, dije mal, del *Dorado*. Porque, efectivamente, la escena pasa en el café concierto *Eldorado*.

La señorita Gooz, contralto de este teatro, había conseguido un nuevo ajuste, mediante el préstamo que hizo al establecimiento de 50,000 francos, mas con la cláusula espresa, y *sine qua non*, de que el caballero Félix, *consejero* de la artista, tendría una llave de la puerta reservada y derecho de entrar solo entre bastidores y en el cuarto de la actriz. En verdad, á falta de madre, ¿qué menos podía tener que un consejero, un protector, la actriz jóven, bella y además, capitalista? El tutor *ad hoc* era un rico español. La señorita Gooz no pudo obrar con mas acierto para estar bien celada! Pero un día dieron con la puerta en las narices al caballero Félix, so pretexto de que usaba y abusaba de la llave. Sulfuróse el tutor: la pupila no creyó poder cantar sin su consejero. Entre él y el público la elección no era dudosa, y se negó á cantar. La empresa la dejó de reemplazo y puso quien la sustituyese. Presentó aquella su demanda en justicia, y el Tribunal la concedió 8,000 francos de daños y perjuicios y sus sueldos vencidos. Carillo pago de una llave reservada, si bien es cierto que la jóven la compró por 50,000 francos.

Si los directores olvidan á veces sus compromisos, las dirigidas no son tampoco fieles siempre á los suyos. La señorita Magny tenía, por contrata, obligación de bailar en la escena coreográfica de la pieza titulada: *Lo que agrada á todas!* Todos saben que esta otra fué suspendida unos días para hacer algunas modificaciones. Los artistas estaban listos para cuando se volviese á poner en escena. Pero durante este tiempo se le antojó á la señorita Magny hacer una nueva contrata por dos años con M. Marc Fournier, director de la Puerta de Saint-Martin. El Tribunal ha devuelto al redil á la oveja fugitiva, condenándola á 500 francos de multa cada noche que se niegue á bailar en el teatro del *Vaudeville*. Qué hará por su parte M. Marc Fournier? Otro pleito tendremos sin duda.

Como estamos en la estación de viajar, nada extraño es que los Tribunales tengan que consignar algún acto de justicia en esta materia. M. Lagarrigue, comerciante de Tolosa, tomó el ferro-carril para venir á París. Apenas puso los pies en el cuarto de su fonda, abrió su maleta y vió con espanto que habían desaparecido en la travesía 5,000 francos guardados en un bolsillo secreto. El dinero no había podido sustraerse sino mientras estuvieron confiados los bultos á la custodia de los empleados de la compañía. Por lo tanto M. Lagarrigue acude en demanda contra esta; mas contaba sin la huéspeda, es decir, sin el reglamento. La suma de 5,000 francos es superior á lo que comunmente se lleva para las necesidades presumibles de un viaje: además, M. Lagarrigue confiesa que estaba destinada á pagar en París varias mercancías que tenía intención de comprar, por consiguiente, debió haber hecho su declaración antes de partir y pagar el módico derecho fijado por la tarifa para el transporte del numerario. Prevenida entonces la compañía, hubiera vijilado mas de cerca el fardo. La negligencia de M. Lagarrigue la absolvía de toda responsabilidad, conforme con el fallo del juzgado. Aviso á los turistas.

EL CIRINEO.

(Trad. A. L. de B.)

WA-HINA.

### El magnetizador de serpientes.

Carísimos lectores ¿sois aficionados á las costumbres patriarcales, á las emociones dulces y tranquilas que mecen el alma sin alterar su serenidad? pues entonces dirigid vuestros pasos al Norte, y sentaos en las hospitalarias mesas de la Alemania: allí regalaréis vuestro paladar con el zumo de la uva en azulados vasos de Bohemia y cantaréis con vuestro anfitrión suaves ó guerreras baladas.

¿Os placen mas, siempre amabilísimos lectores, las emociones fuertes, esas escenas ardientes que dejan cicatrices en el alma? En ese caso, dad un adiós á la Europa, á sus vías férreas, y á sus alambicados códigos, para dirigir el rumbo á la patria del sol legada por Colon, Cortés y Pizarro á los hidrópicos de oro, de poder y de libertad. Allí, á todas horas, de día, de noche, encontraréis acontecimientos que dejarán profundas huellas en vuestra memoria. Allí veréis temblar el suelo y bostezar para devoraros, descubriréis á la serpiente oculta entre lozanas flores, respiraréis el tífus letal en la aromosa y fresca brisa de la noche, y percibiréis el aliento de la traición que vela á vuestra cabecera, con la capa de amistad y de cariño.

Qué sensualismo por gastado que esté se resiste á tales incentivos?

Animo, pues, lectores, si anhelais encontrar algo virgen en esas poéticas comarcas á las cuales tiende la mano y acerca á sí la Europa por medio del vapor y de los hilos eléctricos. Ya los amarillentos y cobrizos alojeros de Sydney, de Canton y de Sumatra espenden sus bebidas, vestidos de calzon corto y media de seda, y los negros de Haití, antes Sto. Domingo, no asisten á sociedad si no con frac negro y corbata blanca, si bien el pantalon y calzado no son absolutamente de rigor.

El año de 1848, sobre todo, tan fecundo en grandes acontecimientos, arrojó sobre el continente olas de poblaciones nómadas que han sido el jérmén de la industria y de la civilización, estableciendo grandes ciudades como las de Europa en sus desiertas playas y sustituyendo las férreas líneas con su inexorable nivel á las caprichosas sinuosidades de las pistas indias y á los ignotos senderos frecuentados por las bestias salvajes al apacentar su sed en los abrevaderos.

Teniendo que atravesar el istmo de Panamá, subí en una piragua el río de Chágres, entre dos murallas de bosques seculares, tranquila morada de millares de animales carniceros. En las orillas aparecían en lontananza como aislados faros media docena de cabañas indias y otras tantas haciendas explotadas por *squatters*. Durante el día, viajábamos sepultados en el mas profundo silencio interrumpido sólo por el chapuz repentino de un caiman perturbado en sus meditaciones, ó por la curiosidad de una tribu de monos encaramada en un árbol para vernos pasar. Mas después de puesto el sol, en cuanto la noche crepuscular de los trópicos nos envolvía en sus inciertas sombras, sordos rumores, partiendo del fondo de la oscuridad, nos anunciaban la existencia de esa raza felina, con que la mano de Dios pobló las vastas soledades de América. Las ramas secas de los árboles crujían á sus saltos veloces, y un horrible concierto de roncos mahullidos, de apasionados acentos, de gritos de angustia desgarradores, resonaban por do quiera como una tempestad bajo las sombrías bóvedas de aquellos bosques.

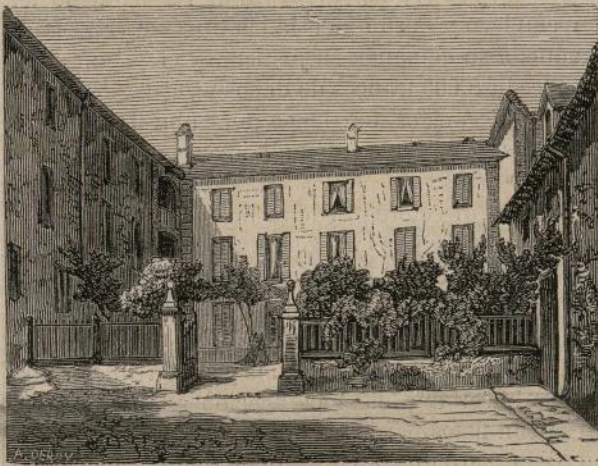
En 1852 desaparecieron las piraguas ante el vuelo de una locomotora que descarrilaba con harta frecuencia, pero este percance, en concepto





Vista de la abadía de Hautecombe, lugar de sepultura de los príncipes de la casa de Saboya, tomada desde la fuente intermitente. (Cróquis de M. Deroy.)

de los constructores americanos del ferro-carril, era un simple detalle, un cero á la izquierda á la lista de los viajeros. Abrióse un ancho espacio en la tupida selva y sustituyéronse con estaciones abastecidas de cerbeza y de aguardiente la hospitalaria choza del indio y la granja-posada del squatter americano. Los guacamayos, los loros, las picazas, las aves de pintadas plumas, los gamos, los corzos, los animales salvajes, emigraron al primer golpe del hacha dado en sus dominios, y donde quiera que había sentado el pié la civilización moderna se veían solamente en las ramas amarillentas por el humo enormes y feas gallinas, buitres negros, inmóviles, con el cuello tendido y las alas abiertas como para vijilar el



Casa habitada por la reina Hortensia en Aix, en 1812. (Cróquis de M. Deroy.)

tren de carne humana con que un accidente pudiera cebar su voraz apetito.

(Se continuará.)

EDUARDO AUGER.

(Trad. A. L. de B.)

La traducción del *Mundo ilustrado* se hace bajo la dirección del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.



Desembarco del general Garibaldi con la primera brigada del general Turr, mandada por Bixio, en el cabo d'El' Armi, bajo Melito, el 19 de agosto (Conforme á un croquis de M. Durand-Brager.)

### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|               |                                |
|---------------|--------------------------------|
| ACAPULCO.     | D. A. La Reina.                |
| AREQUIPA.     | D. Manuel G. de Castresana.    |
| ARICA.        | Sres. Calmann y Riobó.         |
| BOGOTÁ.       | D. Rafael Mogollon y Guzman.   |
| BUENOS-AIRES. | D. Federico Real y Prado.      |
| CAMPECHE.     | D. F. Jimeno.                  |
| CARACAS.      | Sres. Rojas, hermanos.         |
| CARTAGENA.    | D. Joaquín F. Velez.           |
| COBLEN.       | Sres. L. Durandean y Compañía. |
| CURACAO.      | D. J. Blasini.                 |
| GUATEMALA.    | D. Pablo Blanco.               |
| GUAYAQUIL.    | D. Luis Abadie.                |
|               | D. Ant. La Mota.               |

|                |                             |
|----------------|-----------------------------|
| HABANA.        | Sres. Charlain y Fernandez. |
| HUASCO.        | D. Pedro Vega.              |
| LA PAZ.        | Sres. Gérard y Comp.        |
| LA UNION.      | D. J. Mendel.               |
| LIMA.          | P. Bailly.                  |
| MÉJICO.        | Sres. Maillefert y Comp.    |
| MENDOZA.       | D. F. Civit.                |
| MONTEVIDEO.    | D. Ventura Garaicoechea.    |
|                | D. Federico Real y Prado.   |
| PUERTO RICO.   | D. Ignacio Guasp.           |
| ROSARIO.       | Federico Reissig.           |
| SAN FRANCISCO. | M. Biesta.                  |
| SAN MIGUEL.    | D. Ant. Blanco.             |
| STA. MARTA.    | D. José A. Barros y Comp.   |

|                    |                                |
|--------------------|--------------------------------|
| SANTIAGO DE CHILE. | D. Pedro Yuste y Comp.         |
|                    | Librería agencia del Mercurio. |
|                    | D. Ramon Morel.                |
| SANTO DOMINGO.     | D. A. Bonilla.                 |
| SERENA.            | D. Tristan Daniel Lopez.       |
| PAITA.             | D. C. Lopez.                   |
| TACNA.             | D. Clemente Bartibas.          |
| TAMPICO.           | D. A. Gutierrez y Victori.     |
| TRINIDAD.          | D. W. Carr.                    |
| VALDIVIA.          | D. Tomás de Albarracin.        |
| VALPARAISO.        | D. Santos Tornero y Comp.      |
|                    | D. Nicasio Ezquerria.          |
| VERACRUZ.          | D. Juan Carredano.             |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rue B...e 1.